



CADA HOMBRE EN SU TUMBA

silver kane



El inspector Jansen dijo suavemente, con esa voz que casi siempre empleamos en los funerales:

—Está muerta.

Los ojos de los cuatro hombres se dirigieron hacia él. Los labios se plegaron en una misma mueca.

—No tiene sentido...

—¿Qué es lo que no tiene sentido? —preguntó Jansen volviéndose hacia el que acababa de hablar—. ¿No tiene sentido el que una persona muera? ¿No entran en la Morgue diariamente docenas de cadáveres? Pues éste será uno más.

El que acababa de hablar, un hombre alto, de unos veintiséis años, vestido con cierta despreocupada elegancia, miró el cadáver y luego volvió de nuevo sus ojos hacia el inspector.

—Yo sé lo que me digo.



Silver Kane

Cada hombre en su tumba

Bolsilibros - Servicio Secreto - 711

ePub r1.0

Lds 28.10.17

Título original: *Cada hombre en su tumba*

Silver Kane, 1964

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



**Cada
HOMBRE
en su
TUMBA**

por **SILVER KANE**



CAPÍTULO PRIMERO

El inspector Jansen dijo suavemente, con esa voz que casi siempre empleamos en los funerales:

—Está muerta.

Los ojos de los cuatro hombres se dirigieron hacia él. Los labios se plegaron en una misma mueca.

—No tiene sentido...

—¿Qué es lo que no tiene sentido? —preguntó Jansen volviéndose hacia el que acababa de hablar—. ¿No tiene sentido el que una persona muera? ¿No entran en la Morgue diariamente docenas de cadáveres? Pues éste será uno más.

El que acababa de hablar, un hombre alto, de unos veintiséis años, vestido con cierta despreocupada elegancia, miró el cadáver y luego volvió de nuevo sus ojos hacia el inspector.

—Yo sé lo que me digo.

—¿Y por qué no me lo aclara? —preguntó burlonamente Jansen.

—Prefiero esperar a que venga el forense. Todavía no estoy muy seguro de lo que sospecho.

Jansen, que había tenido demasiado trabajo aquella mañana y se sentía nervioso, dijo con acritud:

—Entonces será mejor que no hable. Por cierto, ¿cómo está usted aquí, Riley? Usted no pertenece al Yard; es sólo un investigador privado. ¿Quién le ha dado entrada en esta casa?

Riley volvió a mirarle fijamente.

—Soy, o mejor dicho, era, lejano pariente de la víctima, aunque sólo nos habíamos visto un par de veces en toda la vida. Ella era tía segunda mía, o algo parecido; en fin, no recuerdo bien. El caso es que ningún pariente más vivía en Londres. Los servicios de la policía me han avisado automáticamente.

Jansen dijo entre dientes:

—Pues también es casualidad...

Se alejó unos pasos del cadáver y paseó una mirada circular, cargada de presagios, en torno a la casa.

Ésta valía la pena. Palabra.

Era como una de esas decoraciones de pesadilla, como esos lejanos cuadros de horror de las películas en gris cuyo recuerdo nos acompaña luego en las horas de insomnio.

Situada cerca de

Regent's

Park, constaba de dos pisos y había delante de su fachada un jardín triste y abandonado donde maullaban los gatos. La fachada había sido blanca en otro tiempo, pero ahora tenía un sucio color gris que llenaba de tristeza el alma. Aquel color gris se acentuaba aún más entre la niebla que casi siempre flotaba sobre el parque, y bajo las ramas desnudas de lo que habían sido plantas trepadoras en otro tiempo. Los cristales estaban sucios. Era imposible ver a través de ellos.

Pero el exterior de la casa no era nada comparado con su interior.

Los muebles parecían no haber sido tocados desde los buenos tiempos del rey Eduardo. En todos ellos había una capa añeja y espesa de polvo gris. Las cortinas, viejísimas y solemnes, estaban deshilachadas en muchos puntos. Las alfombras estaban carcomidas y llenas de suciedad.

Ratas de un repugnante color claro, casi del mismo color del polvo que cubría los muebles, asomaban sus hocicos por detrás de las butacas y pasaban fugaces de un lado a otro de los pasillos, importunadas por aquellos desconocidos que habían venido a invadir sus dominios. Sólo el verlas ya causaba una instantánea y angustiosa náusea.

El inspector Jansen musitó:

—Pues sí que vivía bien esta dama...

La dama en cuestión, debía tener unos cuarenta y tres años, o poco más, cuando *alguien* o *algo* la despachó de este mundo. Ver su cadáver tumbado sobre la alfombra también causaba una sensación irresistible de angustia y de náusea, igual que el polvo gris, igual que las telarañas que lo cubrían todo y que las ratas que habían

invadido la casa.

La muerta llevaba una bata muy antigua, que le llegaba hasta los pies, y que debía haber sido confeccionada en el primer cuarto de siglo. Era una bata azul cielo, con los codos muy desgastados y el cuello recosido. Estaba muy sucia.

Debajo, la mujer llevaba un salto de cama muy solemne, como los que uno supone que debían usar la reina Victoria o las damas de su Corte. Abrochado hasta el cuello y largo hasta los pies, no descubría absolutamente nada del cuerpo, lo cual era mejor, porque si no los policías difícilmente hubieran resistido la náusea.

El cadáver tenía la boca torcida, y dos profundas arrugas se marcaban desde sus fosas nasales a los labios medianamente pintados. Los ojos estaban abiertos y, cosa rara, parecían mirar a todas partes. No se sabía por qué pero producían una sensación de inquietud, casi de terror. Lo más notable y tétrico, sin embargo, era la peluca que caía grotescamente a un lado de la cabeza. Porque la mujer llevaba peluca cuando la sorprendió la muerte, y debajo de ésta los cabellos grises y cortos brillaban tétricamente. Debía haber usado algún medicamento a base de cortisona, y eso había afectado el cabello.

El inspector Jansen repitió:

—Pues sí que vivía bien esta dama... Luego miró a Riley.

—¿Dice que ella era lejana pariente suya?

—Sí, pero ya le he dicho también que apenas nos habíamos visto un par de veces en toda la vida.

—¿De qué vivía?

—Creo que tenía una pequeña renta.

—¿Acciones? ¿Pensión de viudedad?

—No lo sé. Pero pensión de viudedad no, desde luego, porque tía Lotis no se casó nunca. Supongo que debía tener acciones, o quizá un seguro vitalicio. La verdad es que eso no me ha preocupado nunca.

—¿Vivía sola?

—Imagino que sí.

—Y no había limpiado esto desde los tiempos de la Primera Guerra Mundial, según parece —dijo abruptamente—. Algunos de estos muebles ni siquiera han sido cambiados de sitio en treinta años. Están materialmente devorados por las larvas. Es espantoso...

Se volvió hacia el único agente uniformado que había en el grupo —un bretón alto y estirado como un poste— y le miró a los ojos.

—Usted tiene a su cargo esta demarcación, ¿no?

—Así es, señor.

—¿Fue usted quien advirtió que algo raro sucedía?

—Exacto, señor.

—¿Cómo es posible? El cadáver es reciente, es decir no tiene ni diez horas. ¿Por qué supuso usted que algo extraño había ocurrido?

—Fue más bien una intuición, señor.

—A ver, explíquemela.

—La propietaria de esta casa solía salir una sola vez todas las mañanas, señor —explicó lentamente—. Era su único contacto con el exterior. Le dejaban una botella de leche fresca, y ella abría la puerta para tomarla y dejar la vacía de la mañana anterior. Fuera de esto, no se la veía para nada más. Ni siquiera encendía luces.

—¿De qué se alimentaba?

—De la botella de leche y algunas provisiones que le dejaban los sábados empleando el mismo procedimiento. Un mozo del supermercado dejaba un pequeño cajón ante la puerta; ella abría una hora más tarde, lo retiraba y dejaba en su lugar otro vacío. Eso era todo.

—Pero los proveedores tenían que cobrar, ¿no? ¿Cómo lo hacían?

—Supongo que cobraban directamente en el Banco. Ella debía dar las órdenes por teléfono. El teléfono no se lo retiraron nunca, y que yo sepa jamás fue reparado tampoco. Los ojos del inspector Jansen fueron hacia una mesita donde, en efecto, descansaba el aparato. Éste era uno de esos aparatos de tubo que se empleaban hacia 1914 y que todo el mundo ha visto en las primeras películas que se produjeron en Hollywood. Al parecer, era la única pieza de la habitación que no estaba cubierta de polvo.

Gruñó:

—¿Y enfermedades? ¿Jamás venía el médico?

—Si esa señora estuvo enferma alguna vez, lo sabía soportar muy bien, porque el médico jamás puso los pies en esta casa, al menos que yo sepa. Y conste que estaba siempre alerta por si ocurría algo raro. Con estas personas tan extremadamente solitarias,

nunca se sabe.

—Es raro que en tantos años no tuviera que ver ni siquiera al dentista... Muy raro, verdaderamente.

Riley hizo una mueca. El inspector la notó.

—¿Qué le ocurre, fisgón? ¿Es que le ha dado por pensar algo?

—Puede ser. Ahora recuerdo que tía Lotis pertenecía a una rama de lo que se ha dado en llamar la «Christian Science», aunque nada tenga que ver con las normas cristianas. Es decir, pertenecía a esa creencia según la cual ni la enfermedad ni la muerte existen realmente.

—¡Vaya! ¡Qué bien! —dijo Jensen—. Yo siempre me he reído de esas cosas. ¿Y qué hacen cuando la diñan los que creen en eso?

—Sus correligionarios dicen que «se han ido». Nada más.

—Pues es una forma bastante curiosa de «irse». ¿Pero qué se les ocurre hacer cuando están enfermos?

—Sencillamente, no hacen caso. Puesto que la enfermedad no existe, lo mejor es ignorarla. Se curan por procedimientos espirituales, y a veces consiguen resultados sorprendentes. Ocurre un poco como con algunas sectas orientales.

Encendió un cigarrillo, para que se disipara algo aquella atmósfera de pesadilla, y añadió:

—El que tía Lotis tuviera esa creencia, no tiene en el fondo nada de malo, supongo yo. Es decir, no quiero profundizar, pero hay en Europa, y sobre todo en Norteamérica, algunos millones de personas que piensan así. Lo curioso de tía Lotis era que además tenía comunicación con los espíritus. Eso es lo que oí decir, al menos.

—¿Qué clase de espíritus?

—¡Uf! Algunos muy antiguos. Espíritus de gentes que vivieron antes de nuestra Era. Según decía, tía Lotis se comunicaba con el espíritu de un antiguo faraón que poseía uno de los mayores criaderos de serpientes de toda la zona oriental.

—¿Criaderos... de serpientes?

—Ya sabe que esos bichos fueron sagrados en muchos sitios. Y que los nobles tenían afición a ellos.

Jansen arqueó una ceja.

—Vaya una imbecilidad... Bueno, me alegro de no haber vivido en aquellas épocas.

¡Ah! Ahí viene nuestro amigo Patton, el forense. Él nos dirá algo sobre las causas de la muerte.

En efecto, un tétrico personaje acababa de llegar a la casa. Patton era viejo, arrugado, lúgubre, vestía de negro, fumaba tabaco malo y manoseaba cadáveres todo el día, a pesar de lo cual los bocadillos de salchicha eran su debilidad.

Entró y miró a la mujer, dejando su maletín en el suelo. Todos le rodearon.

—¡Hum! —Hizo Patton.

—¿Qué ocurre?

—Que, en principio, no entiendo esto. No hay violencia, y sin embargo se tiene la sensación de que la muerte ha sido producida *por un ser vivo*. Quiero decir que la víctima no ha bebido una copa de veneno ni nada de eso. Sin embargo...

Todos le miraron conteniendo la respiración. Todos menos Riley, quien musitó lentamente:

—Supongo que va a decir la misma cosa incomprensible que al principio se me ocurrió a mí.

Patton levantó un poco la cabeza. Luego, con aburrimiento típicamente profesional, alzó la camisa de la muerta.

—Supongo que ésta es la cosa extraña que quería decir —musitó lentamente—. Esta mujer ha sido muerta por la picadura de una pequeña serpiente seguramente egipcia, por la picadura de una serpiente terriblemente venenosa.

CAPÍTULO II

Todos miraron con ojos que el miedo casi desencajaba. Todos quisieron hablar a la vez con labios que la excitación hacía temblar lastimosamente.

De modo que la muerte había sido causada por una serpiente venenosa...

¡Una serpiente que todavía estaba allí!

El grupo de hombres se distanció de un solo salto. Con una expresión que era casi de terror se miraron todos, excepto el doctor Patton, quien seguía trabajando calmamente, a pesar de saber que el reptil estaría probablemente entre las ropas todavía cálidas. Al terminar, se puso en pie.

—Bueno, señores —dijo—, confirmo mi primera impresión. Ha sido uno de esos bichos. Al hacer la autopsia y analizar el veneno, podré decirles de qué clase era, si me ayudan los técnicos del departamento de Toxicología. Pero el bicho todavía ha de estar aquí, ¿no? ¡Pues búsquenlo!

Sus palabras fueron un trallazo, una seca orden. El inspector Jansen comprendió que debía actuar, pero comprendió también que jamás encontrarían una serpiente en aquella inmensa casa, bajo las docenas de alfombras, entre las cortinas deshilachadas, en los cuartos de baño que conservaban en todos sus aparatos un dedo de suciedad. Comprendió eso y se puso a temblar, porque vislumbró al mismo tiempo que para tener éxito sería necesario preparar una trampa al reptil o incendiar la casa.

¿Y cerrarla?

¿Por qué no? El pensamiento se le ocurrió de pronto. La serpiente jamás saldría de aquella especie de tumba en la que no le quedaría más remedio que alimentarse de ratas o sucumbir bajo las

dentelladas de éstas. Terminaría pereciendo allí sin causar daño, tras una especie de lucha monstruosa en la que valía más no pensar, una lucha que resultaba angustioso imaginar siquiera.

Por eso decidió:

—Asegúrense de que queda todo bien cerrado. Pero cuidado, ¿eh? No les salte el bicho desde cualquier sitio. Puede estar incluso en un depósito de agua medio seco y saltarles a la cabeza. Luego llamen a los fotógrafos, a los técnicos en huellas y a los de la ambulancia. Hay que llevarse enseguida el cadáver de aquí.

Salió presurosamente. A pesar de su experiencia, a pesar de sus años en el Yard, a pesar de todo, sentía un frío espantoso en la espalda.

CAPÍTULO III

El reloj desgranaba los minutos con un
tic-tac

tranquilizador, aristocrático, que envolvía la habitación en una especie de augusta calma.

No parecía aquél el despacho de un investigador privado. No tenía esa especie de dinamismo despreocupado que tales despachos suelen tener. En éste había, por el contrario, una excelente biblioteca con libros encuadernados en rojo, unas buenas pinturas, un cuadro enmarcando la licencia y varios butacones de cuero. Las ventanas, además, daban sobre la tranquila superficie de Green Park, en uno de los mejores rincones de Londres.

Todo era hermoso en aquel despacho, todo era selecto, distinguido, inmejorable. Pero nada valía tanto como la mujer.

La rubia.

La rubia estaba sentada en uno de los butacones, y había cruzado las piernas. Ni aunque a Riley le hubiesen dicho que aquel butacón había pertenecido a Aníbal y que valía medio millón de libras, se hubiese fijado en él después de ver a la mujer allí sentada. Por el contrario, lo único que le parecía interesante eran sus pantorrillas, sus zapatos de alto tacón y sus extraordinarias medias, que ella dejaba ver con una generosidad fuera de serie. Y sin embargo, la chica no parecía descocada. No, nada de eso. Más bien daba la sensación de ser una chica asustada y que, por tanto, no podía darse cuenta de aquellos detalles. Riley lo apreció así.

Se sentó en la otra butaca, frente a ella, desde donde el muy buitre pudiera verla bien.

El busto de la chica subía y bajaba descompasadamente, al compás irregular de la respiración.

—¿Dice usted que se llama *miss* Stuart?

—Sí.

—¿Un cigarrillo?

Riley se lo ofrecía con una sonrisa. Ella se negó a aceptar.

—Gracias, no podría fumar ahora.

—¿Por qué está tan nerviosa? Tranquilícese.

—Me gustaría intentarlo, pero...

Riley intentó animarla con su sonrisa, una sonrisa de buen chico que era falsa como un dólar de plomo, porque lo que a él le hubiera gustado hacer con aquella chica no se podía explicar. Pero sabía que ella se sentiría menos nerviosa si le veía sonreír de aquel modo.

—¿Por qué no me cuenta lo que le ocurre? —musitó—. ¿No ha venido usted para eso?

—Sí, es eso... Claro que sí. Debo haberle parecido un poco tonta, ¿verdad?, con mi nerviosismo y mis vacilaciones. Pero es que no sé por dónde empezar, porque en el fondo la cosa es un poco ridícula.

Hizo una leve pausa y añadió:

—Me han dicho que usted es el investigador privado más discreto de todo Londres.

—Todos los investigadores privados somos discretos —repuso Riley—. Y nada de lo que nuestros clientes nos puedan contar ha de parecernos ridículo.

—Lo mío tal vez sí.

—Por favor, explíquese. Ella dijo lentamente:

—Me han regalado una muñeca.

—¿Una qué?...

—Una muñeca.

Riley arqueó levemente una ceja, aunque hizo esfuerzos por mostrar indiferencia.

—No veo que eso tenga nada de particular, aunque usted ya es... Bueno, ya es algo crecidita.

—Comprendo lo que estará pensando.

—No pienso nada, a menos que la muñeca sea de un tipo especial. Es decir, a menos que la muñeca contenga, por ejemplo, un explosivo.

—No, no es eso.

—¿Se trata de una muñeca normal, como las que venden en los comercios?

—Sí. Es una muñeca completamente normal salvo en el tamaño. Lo único notable de ella es que resulta muy grande.

—Las muñecas se fabrican cada vez más grandes —dijo Riley, sin saber qué partido tomar—. Se pretende que parezcan niñas de verdad, ¿no es eso?

—Desde luego.

—Entonces, ¿qué es lo que le ha llamado la atención?

—Precisamente eso. Que parece una niña de verdad.

Riley, para respirar mejor, se pasó un dedo por debajo del cuello de la camisa, sin darse cuenta. La verdad era que empezaba a sentirse mareado. Las piernas de la chica y las tonterías que decía formaban una mezcla demasiado fuerte.

Pero quiso portarse como una persona correcta, dominando sus impulsos de besarla y echarla luego escaleras abajo.

Musitó:

—¿Dice que ha visto muñecas como ésa en los comercios de Londres, señorita Stuart?

—Sí.

—¿Entonces qué tiene de raro que a usted le hayan regalado una? ¿O es que no sabe quién lo ha hecho?

—Desde luego, no lo sé.

—Quizá algún admirador. ¿O no los tiene?

Ella no se alteró ante aquella pregunta. Parecía absorta, parecía flotar entre las brumas de otro mundo.

—Toda muchacha tiene admiradores —dijo al fin.

—A unos los conoce y a otros no.

—Y esa muñeca se la ha regalado, supongo, un admirador desconocido.

—Los admiradores no regalan muñecas, señor Riley, sino ramos de flores, y a veces, cuando las cosas han ido lejos, incluso joyas.

Riley se dijo que la chica podía estar loca, pero al menos en aquello tenía razón.

—La imaginación de las personas no conoce fronteras —musitó de todos modos—. Alguien habrá creído que una muñeca era un regalo de buen gusto y muy adecuado para usted. Pero eso no deja de ser una cuestión secundaria. Lo que me maravilla es que, por el hecho de recibir un regalo tan simple, se le haya ocurrido visitar a un detective privado.

—No es un regalo simple, señor Riley.

—¿No?

—Ya le he dicho que la muñeca parece realmente una niña. Y me recuerda a una niña a la que vi una vez.

—¿Cuándo?

—No podría precisarlo.

Riley empezó a pensar si aquella chica no estaría real y absolutamente loca.

—¿Sabe al menos quién era esa niña?

—No.

—Miss Stuart... Perdona la pregunta. Perdona si digo algo que no me gusta decir:

¿Pero ha venido usted a burlarse de mí porque esta tarde no tenía nada mejor que hacer? Por primera vez ella pareció descender de su nube de humo y evadirse de aquel extraño mundo en que estaba prisionera. Por primera vez sus ojos adquirieron un brillo mitad de indignación, mitad de pena.

—¿Cómo puede pensar eso?...

—Es que jamás me han dicho tantas cosas sin sentido de una sola vez, miss Stuart.

Los ojos de la muchacha dejaron de brillar. Pareció volver otra vez a su extraño y terrorífico mundo.

—Vi a esa niña en un retrato, pero hace años. Era una niña que existe o ha existido realmente.

—¿Y dónde vio esa fotografía?

Ella se pasó la mano por los ojos, unos ojos que parecían horriblemente cansados esa tarde.

—No lo sé, señor Riley. Le juro que no lo sé.

—¿No lo habrá soñado?

—No crea que no he pensado eso. He vacilado cien veces antes de venir aquí. Se me ha ocurrido que podía ser un sueño, pero luego..., luego he comprendido que mi primera impresión tuvo que ser verdad.

—¿Qué primera impresión?

—La tuve cuando desenvolví el paquete y pude ver la muñeca. Tuve la sensación de que yo la había visto antes. De que ella *era la niña*. Luego me puse a pensar dónde y cuándo había visto yo aquella cara. Di mil vueltas a mis recuerdos, a mis pensamientos, y

al fin me declararé vencida. Yo *había visto* aquella cara, pero no sabía dónde. Fue entonces cuando se me ocurrió venir a verle a usted.

—¿Por qué precisamente a mí?

—Me dijeron que usted jamás se burlaría de lo que yo le explicase.

Riley la miró fijamente, la miró al fondo de los ojos. No podía negarse que la muchacha sufría, que a su modo estaba diciendo una angustiada verdad. Ella creía haber visto el rostro de la muñeca en una niña de carne y hueso, y esa idea se había afincado en su mente hasta atormentarla y convertirla en esclava de una obsesión.

Pero podía tratarse de una obsesión falsa. Es decir, detrás de todo aquello seguramente no había nada. La chica soñó cierta vez el rostro de una niña y, por lo que fuera, ese rostro quedó afincado en su memoria. Luego creyó reconocerlo en la muñeca.

Eso era todo.

No había más que humo detrás de los temores de la hermosa muchacha. Es decir, no había nada, Sólo necesitaba tranquilizarse y pensar en otra cosa. Tranquilizarse...

Seguramente no se trataba de una visionaria, pero quizá podía llegar a serlo, si alguien no le arrancaba a tiempo su obsesión. Claro que él, un simple detective privado, no podía hacer nada en aquel terreno. Lo que la chica necesitaba era un médico que tuviese tacto y paciencia con ella.

—Miss Stuart...

Ella pareció bajar otra vez de las lejanas nubes donde flotaban sus sueños.

—Dígame.

—Me temo que no podré hacerme cargo de su asunto. Ella pareció sorprendida.

—¿Por qué?

—Tengo muchísimo trabajo. Temo que, con los datos tan imprecisos que usted me da, esto ocuparía semanas enteras de búsqueda que a lo mejor resultaba inútil. No tengo derecho a malgastar mi tiempo ni a obligarla a usted a pagar unos honorarios que resultarían demasiado elevados.

—Eso no tiene por ahora demasiada importancia, señor Riley. Soy rica.

Él ya se había dado cuenta de que la muchacha iba

espléndidamente vestida y llevaba algunas joyas de alto precio. Suponía, antes de que ella lo dijese, que era una persona de posición, una rica heredera tal vez.

Ella dijo con un soplo de voz:

—Hace algunos años murió mi padre. Seguramente lo ha oído nombrar. Se llamaba Philip Stuart. Tenía unos importantes astilleros en el norte de Escocia. Su oficina en Londres era una de las más importantes de la City.

Riley asintió.

—Sí, lo recuerdo. Murió de un ataque al corazón. Los periódicos hablaron mucho de eso.

—Somos tres herederos. Tres chicas. Riley volvió a asentir silenciosamente.

—Disponemos de una sólida fortuna —continuó ella—, porque el negocio de los astilleros continúa aún, aunque no tenga ya el empuje que supo imprimirle mi padre. Los honorarios que usted me pida por su trabajo se los abonaré, señor Riley.

Éste tragó saliva.

En toda su vida, desde que ejercía como detective privado en Londres, había tenido un cliente como aquella muchacha. Ella era un mirlo blanco. Estaba dispuesta a pagarle lo que le pidiese sólo por seguir la pista a un sueño, para buscar en los aires un rostro de muñeca. Era el trabajo más fácil que le habían encargado jamás, y podía alargar las gestiones lo que quisiera, para hinchar la cuenta. Pero Riley, a pesar de que era pobre —el despacho y los libros los estaba pagando a plazos— jamás había hecho eso.

No podía aprovecharse de las pesadillas de una heredera que, en el fondo, estaba sufriendo una auténtica crisis.

—Mi especialidad es otra, *miss* Stuart —susurró.

—Yo me dedico más bien a investigaciones comerciales. Casos de insolvencia fingida y todo eso. Creo que no podría llevar su asunto a satisfacción de usted.

El desencanto se reflejó en el rostro de la muchacha. Ella, dada la importancia que todo aquello debía tener en su mundo interior, había confiado mucho, seguramente, en aquella visita. Ahora daba la sensación de estar desorientada, de no saber a dónde ir.

Riley musitó:

—De todos modos tengo una solución.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Le recomendaré a un compañero. Él es especialista precisamente en casos como el que usted plantea.

Extrajo una tarjeta del cajón central de su mesa y escribió en ella un par de líneas. La tarjeta decía sencillamente:

«Robert Percival, 112 Balmoral Road».

Riley sabía que Robert Percival no era un investigador privado, sino un médico. Un médico siquiatra dotado de un especial tacto y una extraordinaria discreción. De vez en cuando Riley le enviaba discretamente a algunos de sus clientes, cuando dudaba de que éste estuviera en su sano juicio. Y un hombre como Robert era precisamente lo que estaba necesitando el cerebro torturado de la muchacha.

Tendió la tarjeta a través de la mesa.

—Vaya a ver a este compañero cuanto antes. Se lo aconsejo.

Ella se puso en pie, descruzando antes las piernas. Lo hizo sin picardía, absorta en sus pensamientos, sin darse cuenta de que el hombre le estaba mirando. La exhibición de piernas que hizo, sin pretenderlo, fue sencillamente obsesionante.

Luego caminó unos pasos por la habitación.

Parecía llenar el ambiente, el aire, los pensamientos. Era una de esas mujeres como para lanzarse de cabeza contra las paredes sólo al pensar en ella. Daba calidad a la habitación; cada uno de sus pasos era como el paso de una reina.

—Está bien, iré —musitó.

—Si puede, vaya esta misma tarde.

Ella se volvió de pronto, mirándole fijamente.

—¿De veras no le interesa a usted mi caso? Sólo trato de averiguar quién me envió la muñeca.

—Eso sería sencillo, pero usted pretende algo más. Ella desvió la mirada.

—Cierto. Pretendo saber también qué relación hay entre la muñeca y el rostro de la niña que creí ver hace tiempo.

—Y eso es precisamente lo que yo no puedo hacer, *miss* Suart. No estoy preparado para esa clase de trabajos.

—¿Su compañero sí?

—El la atenderá. Será beneficioso que usted vaya a verle, se lo

prometo.

—¿Y usted? ¿Por qué no quiere que, al menos, le enseñe la muñeca?

—Sería inútil. Nada adelantáramos con ello.

La chica pareció resignarse, pero la desilusión palpitaba en sus ojos. Se la notaba desorientada, absorta.

—Está bien, haré lo que me dice —susurró al fin—. ¿Qué le debo por la visita, señor Riley?

—Nada.

Ella le miró otra vez. Sus hermosos ojos parpadearon.

—¿Nada?

—¿Qué es lo que he resuelto? No puede decirse que la haya ayudado, *miss* Stuart. Me considero pagado simplemente con el placer de haberla conocido.

No podía decirse que estuviese mintiendo, desde luego. La visión de la chica representaba, por sí sola, un placer. Pero Riley se calló la mitad de sus pensamientos.

La acompañó hasta la puerta y tardó en cerrar, mirando cómo bajaba por las escaleras.

«Lástima de chica —pensó—. Loca como una cabra. ¡Con la fachada que tiene!».

CAPÍTULO IV

Había caído la noche sobre Londres, aunque las calles aún estaban envueltas en una suave penumbra gris. Desde el Támesis llegaba un viento húmedo y frío. Tristes rosarios de luces amarillas habían empezado a encenderse a lo largo de las avenidas.

Riley se puso el abrigo y salió. Aún tenía que hacer algunas cosas en lo que quedaba de tarde.

Tomó su automóvil, un pequeño «Morris» que aún no había terminado de pagar, y rodó a poca velocidad en dirección al Orfelinato de Saint James, situado cerca del museo de cera de *Madame Tussaud*.

Para llegar hasta allí tenía que pasar muy cerca de Regent's

Park. Éste apareció a sus ojos como una superficie gris negra cubierta por la niebla, de la que destacaban como espectros las ramas de los árboles.

Riley frenó suavemente el coche.

¿Qué fue lo que le impulsó a hacerlo? ¿Qué extraño y doloroso recuerdo se fijó en su mente, obligándole a detenerse allí, bajo un árbol de ramas desnudas, donde la niebla era más espesa?

En el primer momento no lo supo. En realidad otras veces había pasado por allí sin detenerse, y sin embargo, ahora frenó mientras sus labios se plegaban en una extraña mueca.

Más allá del parabrisas, difuminada entre la niebla, veía la casa.

La casa donde murió tía Lotis. La casa entre cuyos muros tal vez la serpiente palpitaba todavía.

Riley descendió del coche, como si le empujara una fuerza superior a él, y se acercó a la casa.

Ésta continuaba cerrada y con las puertas selladas, tal como la policía la dejó dos años antes, una vez tomados los datos acerca del crimen. Todo estaba hermético, silenciosa, siniestro como una tumba.

Riley se maravilló de que hubieran transcurrido ya dos años desde la muerte de tía Lotis. A veces tenía la sensación de que *aquella* acababa de suceder. Y sin embargo, la casa ya llevaba largo tiempo cerrada. Exactamente dos años.

Riley se acercó al jardín.

Todo estaba abandonado, sucio, mucho más abandonado y sucio de lo que estuvo siempre. Hasta los gatos que antes anidaron en aquel lugar habían desaparecido. Las hojas amontonadas en el transcurso del tiempo formaban una capa de varios centímetros de espesor. La cancela de la puerta estaba completamente oxidada, de tal modo que resultaba casi imposible abrirla.

Riley encendió un cigarrillo y por unos momentos sus facciones quedaron iluminadas tétricamente entre la niebla.

Se preguntó qué habría ocurrido con el testamento de tía Lotis. ¿O quizá ella murió sin redactarlo? El caso era que nadie se había molestado en reclamar la herencia, y la casa permanecía cerrada y sellada tal como la policía la dejó. En aquella parte de Londres el terreno valía una auténtica fortuna, y por un momento a Riley se le ocurrió reclamar la herencia. ¡Pero era un pariente tan lejano! Seguro que en cuanto se moviera saldrían catorce o quince parientes más próximos que él.

Lentamente se alejó de allí.

Todavía, a pesar del tiempo transcurrido, le causaba un escalofrío pensar lo que en estos momentos habría dentro de la casa. ¿Podía una serpiente venenosa vivir dos años?

¿Quién habría vencido en el duelo monstruoso que se habría desarrollado allí dentro?

¿Las ratas grandes como liebres que lo invadían todo? ¿Los dragones y las salamandras que en otro tiempo penetraron desde el jardín? ¿O la serpiente que había matado a tía Lotis y que cada noche saldría silenciosamente en busca de su presa?

Riley se acordó en este momento de las palabras que dos años

antes pronunció el inspector Jansen: «Puede estar en un depósito de agua medio vacío, puede saltar sobre sus cabezas...».

Se estremeció. Tuvo la sensación de que algo iba a saltar sobre él, desde las desnudas ramas de los árboles. Fue hacia el coche y se encerró en su interior, poniendo el motor en marcha.

Aquello no podía seguir así.

Tenía que hacer gestiones en el Ministerio de Sanidad para que una brigadilla fuese a fumigar aquella casa. Pero eso significaría tener dificultades con la policía, que aún no había retirado los sellos de puertas y ventanas. Al fin Riley se encogió de hombros.

No debía pensar en aquello. Bastantes preocupaciones tenía con ganarse la vida.

A sus treinta años recién cumplidos aún no había tenido ningún caso que le diera verdadera fama, uno de esos casos que pueden convertirle a uno en un hombre rico.

Pensó en la mujer de la muñeca. ¿Por qué no aceptaba su asunto? Ella era rica, podía haber cobrado unos buenos honorarios... Al fin se encogió de hombros otra vez. ¡Bah, era una pobre loca! No hubiera sido justo aprovecharse de sus manías.

Se dirigió de nuevo al Orfelinato de Saint James. Allí tenía que asistir al traslado de una niña.

CAPÍTULO V

Al subir las escaleras de piedra del Orfelinato, pensó de nuevo en la muñeca de que le había hablado su visita de aquella tarde. Era un pensamiento molesto e inquietante, que volvía a ráfagas, y del que no conseguía librarse. Una muñeca que tenía el rostro de una niña a la que ella creía haber visto alguna vez...

Manías.

Riley terminó de subir las escaleras y se introdujo en el inmenso vestíbulo del Orfelinato.

El de Saint James era uno de los más grandes y tristes de Inglaterra. Allí recibían educación y asistencia todos los niños que eran encontrados abandonados en las calles de Londres, o aquéllos que eran depositados en el torno por las personas deshumanizadas que no querían atenderlos. Se les mantenía hasta que cumplían dieciocho años o hasta que una persona caritativa decidía adoptarlos legalmente.

Éste precisamente era el caso al que tenía que asistir Riley. Iban a retirar del Orfelinato una niña que había sido adoptada.

Se dirigió al conserje, un anciano altísimo, de mirada bondadosa y solemnes bigotes blancos.

—¿Ha venido ya *miss* Morrison? El conserje sonrió.

—¿Usted es *míster* Riley?

—Sí.

—*Miss* Morrifou acaba de llegar. Dentro de muy pocos minutos se llevarán a la niña.

¿Quiere pasar, por favor, a la sala B?

La sala B era una inmensa habitación pintada de gris, donde los días festivos eran recibidas las visitas. Ya antes de entrar allí, Riley oyó el llanto de una niña.

—Oiga... —le llamó el conserje.

—Dígame.

—Perdóneme si me meto en lo que no me importa, pero ¿qué tiene que ver un detective privado en todo esto?

Riley se lo explicó.

—La señora Morrison decidió adoptar una niña de este establecimiento, pero dio la casualidad de que al mismo tiempo otra persona decidió adoptarla también. La Dirección resolvió concedérsela a la señora Morrison, y así se ha hecho. Pero esa otra persona de que le hablo amenazó con causar un daño a la pequeña si no se la concedían.

El conserje se acarició los largos bigotes blancos.

—¡Increíble! Siempre suceden las cosas más absurdas. Hay aquí centenares de niñas a las que nadie quiere y de pronto dos ricachonas se pelean por una misma. Esto no tiene sentido. ¿Y ha venido usted para proteger a *miss* Morrison y la niña?



Riley asintió.

—Es un trabajo como otro cualquiera. *Miss Morrison* tuvo miedo de que la policía no hiciera caso si ella daba cuenta de la amenaza, y por eso me contrató a mí. Debió pensar que así la situación quedaba mucho más discreta.

El conserje sonrió.

—Claro, es cierto. Pase, ¿quiere?

En la sala B estaban ya una de las directoras del establecimiento, la señora Morrison y la niña a la que ésta iba a adoptar.

La niña se llamaba Iris Lane. Éste era el nombre que le habían

impuesto cuando la retiraron del tomo, siete años antes, donde alguien la había depositado cuando sólo tenía una semana de edad.

La niña lloraba. Por lo visto no quería irse.

Ni siquiera las palabras cariñosas de la señora Morrifou, que era una cincuentona dulce, con cara de tener la casa llena de gatos y la cabeza llena de pajaritos, lograban consolarla.

—No quiero irme de aquí... ¡Por favor, se lo suplico! ¡No quiero irme de aquí...! La directora le acariciaba los cabellos.

—Vamos, Iris, no seas tan chiquilla. En tu nueva casa estarás bien; nada ha de faltarte. Nosotros nos hemos asegurado de que la señora Morrison es muy buena y puede darte, además, todo lo que necesites...

—¡Pero yo no quiero irme! ¡No quiero irme de aquí!... La señora Morrison parecía a punto de llorar.

—Tengo la sensación de que le causo un mal. Si ella no quiere irse de aquí...

La directora apretó los labios en un gesto de decisión que no estaba falto de dulzura.

—Llévesela, señora Morrison. Llévesela cuanto antes. Con todas las niñas ocurre lo mismo, y es natural si se tiene en cuenta que desde que nacieron no han conocido otro ambiente.

La señora Morrison intentó abrazar a la pequeña. Ésta redobló su desesperado llanto.

Riley asistía en silencio a aquella conmovedora escena, y, cosa extraña, pensaba en la niña y también en la muñeca de que le habían estado hablando aquella misma tarde.

Al fin Iris Lane fue conducida hacia la puerta.

Riley la tomó de una mano, y la señora Morrison de otra.

El hombre se dio cuenta de que la señora Morrison, pese a su riqueza, llevaba algunas joyas falsas, y de que sus vestidos estaban algo apolillados y pasados de moda, como si hubiesen sido sacados del guardarropía de una compañía teatral. Pero no hizo caso de ese detalle porque no era de su incumbencia.

Iban a llegar a la puerta, e incluso Riley había puesto una mano en el pomo, cuando sucedió aquello.

Aquello consistió simplemente en la aparición de un chiquillo de diez u once años.

Iba vestido con el uniforme oscuro del Orfelinato, y salió por

una puertecilla lateral de la sala B. Como una fiera se lanzó sobre la señora Morrison, golpeándola con una fuerza que parecía impropia de su edad, y estuvo a punto de derribarla. Riley tuvo que sujetarle, procurando no hacerle daño, y le cercó con sus brazos mientras el pequeño gritaba y pateaba desesperadamente.

—¡No os la llevaréis! ¡No os llevaréis a Iris! ¡Es la única amiga que tengo! ¡No os la llevaréis!

La niña arreció en sus gritos, intentando acercarse al pequeño. La escena podía haber parecido cómica en otras circunstancias, pero en aquel momento tenía un patetismo, una amargura que la hacían sencillamente trágica.

Al fin fueron apartados, pero Riley jamás había visto tanta desesperación, tanto odio como en los ojos de aquel niño.

Tuvo la sensación de que recordaría aquello, aquella mirada, durante toda su vida. Eso y lo de la muñeca.

Pero no sabía por qué.

CAPÍTULO VI

La casa estaba en una travesía de Fleet Street. No era una travesía ancha, ni bonita, ni siquiera saludable. Parecía un túnel, parecía una de esas calles que uno ve en los decorados de las películas de horror.

Fleet Street, el más famoso emporio de la Prensa mundial, tiene un par de rincones, sobre todo en su parte izquierda subiendo hacia la catedral de San Pablo, que no envidiaría el mismísimo Sherlock Holmes.

Y por esa calle, precisamente, penetró una mujer que llevaba de la mano a una niña. Habían transcurrido dos semanas desde que la pequeña fuera sacada del Orfelinato de Saint James. Durante ese tiempo se había producido en ella un interesante cambio.

Estaba algo más gruesa, producto sin duda de una alimentación más abundante que la que recibía en el establecimiento benéfico. Iba bien vestida y bien peinada. De su rostro había desaparecido, en parte, aquella inmensa tristeza que tenía cuando la sacaron de Saint James.

Un observador imparcial hubiera reconocido seguramente que la pequeña Iris Lane había tenido suerte, y que estaba magníficamente cuidada en casa de la señora Morrison.

Eso, en cierto modo, era verdad.

La señora Morrison le había dado todo lo mejor que tenía en su casa, le había hecho vestidos ella misma, le había preparado los platos más suculentos para que la niña recuperase el apetito.

Y la niña estaba más alegre. Lo raro era que la señora Morrison parecía esa tarde infinitamente triste.

Vestida con sus ropas anticuadas y que parecían alquiladas a una compañía teatral, adornada con sus joyas falsas, diríase que había

envejecido algunos años en aquellas dos semanas, y que ahora caminaba hacia su propio funeral.

La niña preguntó:

—¿A dónde me llevas, *ma*?

La llamaba ya cariñosamente *ma*, como si hubiese pasado con ella toda la vida. La señora Morrison evitó mirarla.

—Tenemos que hacer una visita, pequeña.

—¿Una visita? ¿A quién?

—A una vieja amiga.

—Nunca me habías hablado de que tuvieras amigas, *ma*.

Doblaron por la callejuela. Las sombras las seguían. Parecía como si allí empezase el reino eterno de la noche.

—No te he hablado porque llevamos muy poco tiempo viviendo juntas, Iris. Pero yo tengo muchas amigas. En otro tiempo actué en el teatro, ¿sabes?

Y la gente del teatro pasa mucha hambre, pero forma como una gran familia.

A la pequeña, que no entendía nada de todo aquello, sólo se le ocurrió decir:

—Sí.

Penetraron por una puertecilla lateral, que estaba entornada, en un inmenso almacén oscuro.

—¿Qué es esto, *ma*?

—Un almacén vacío. Calla. Encenderé una luz.

—¿Y aquí vive tu amiga?

—No vive, pero aquí pasa las tardes, ¿sabes? Este almacén le pertenece. Encendió una luz cuyo interruptor estaba junto a la puerta.

Una bombilla polvorienta y amarilla apenas les descubrió el pasillo por el cual tenían que avanzar. El suelo estaba lleno de polvo, y las paredes aparecían cubiertas de viejos papeles que parecían carteles de publicidad muy antiguos, impresos a tres tintas.

En realidad, cuando avanzaron un poco más, Iris se dio cuenta de que aquello era, o había sido, una imprenta.

En el Orfelinato ella había entrado algunas veces en el gran taller de Artes Gráficas que existía para aprendizaje de los alumnos, y sabía distinguir ya lo que era una linotipia y lo que era una máquina plana. Allí había dos de éstas, pero viejísima y con los

rodillos impregnados de costras de tinta sucia. Había también unos cajones donde se guardaban los tipos de letra. Pero resultaba imposible distinguir un poco bien todo eso a la luz de la lejana bombilla.

El local era inmenso, y todas sus ventanas estaban cerradas, a pesar de lo cual, a través de los resquicios, se oía silbar el viento. El suelo era de tablas, ya muy carcomidas. Bastaba poner un poco de atención para escuchar en los rincones el roce furtivo de las ratas.

Iris musitó:

—Tu amiga viene a pasar las tardes a un sitio muy raro, *ma*.

—No es un sitio raro. Es una vieja imprenta. Si esto lo hubieras visto trabajando hace unos años, te habría parecido muy distinto.

—Sí —pero...

De pronto se encendió una luz.

Fue una luz muy concentrada, muy intensa, procedente de un foco que estaba sobre una mesa. Se produjo un rectángulo iluminado, más allá del cual todo seguía siendo penumbra. Dentro de aquel rectángulo la pequeña vio solamente una cosa.

La mano de una mujer.

Era una mano más bien pequeña, muy blanca, en uno de cuyos dedos lucía un anillo.

Se veía también el extremo de la manga, adornado con unas puntillas.

Todo aquello daba la misma sensación de vejez que la imprenta, una sensación de abandono y de tumba que Iris no pudo identificar bien, pero que le llegó hasta el alma.

Lanzó un gemido de sorpresa.

—¡*Ma!* ¿Qué es esto?

—Quieta, niña, no te asustes. Hemos llegado ya.

En la voz de la señora Morrison, sin que se supiera bien por qué, palpitaba la pena. Una voz ronca preguntó desde detrás de la luz:

—¿Es ésta la niña?

—Sí.

—Que se acerque.

Las manos de la señora Morrison empujaron suavemente a Iris. La niña se dio cuenta de que aquellas manos temblaban. Se percató también de que había quedado sola frente al cono de luz, espantosamente sola dentro de aquel círculo de tinieblas.

La persona cuyo rostro seguía invisible, pero que sin duda era una mujer, debía estarla mirando atentamente.

—Bueno, Adela Morrison —dijo de nuevo la voz ronca—. Puedes retirarte. Iris se volvió de repente, como si se sintiese perdida.

—¡Ma! —gritó.

—No temas, Iris, ya te he dicho que la señora es una amiga.

—¡No me dejes!

La señora Morrison gimió:

—Ya lo ha oído. No quiere que la deje.

—¿Qué tontería es ésta? ¿No estás de acuerdo con tu parte, Adela Morrison?

—Sí, pero...

—¿No te instalé en una casa decorosa en Chelsea? ¿No te puse un buen puñado de libras en la cuenta corriente para que los interventores del Orfelinato vieran que eras capaz de mantener a la niña?

—Sí, pero lo hiciste sólo para eso. Para que la niña me fuera concedida.

—Ahora, sin embargo, no tendrás que preocuparte más de ella. Las libras serán para ti.

Además...

La mano se movió. Desapareció unos instantes del cono de luz y volvió a reaparecer para dejar sobre la mesa una pequeña libreta verde.

—Además toma.

—¿Qué es esto?

—Lo que habíamos convenido. Un pasaporte para que puedas pasar unas largas vacaciones fuera de Inglaterra. Dentro de las hojas encontrarás quinientas libras más.

La señora Morrison se acercó a la mesa, rozando casi a la estupefacta niña, y retiró el pasaporte, cerciorándose, con un rápido movimiento, de que efectivamente el dinero estaba entre las hojas.

Pero sus manos temblaban.

—Asegúrame... —gimió—. Asegúrame que la tratarás bien.

—¿De qué modo la has tratado tú?

—Yo... yo la he tenido como una reina. Le he hecho vestidos con mis propias manos. Todo lo mejor que existía para comer en las

tiendas de Londres, se lo he comprado a ella.

La voz ronca dijo secamente:

—Mejor.

—¿Vas a tratarla tú igual?

—Tranquilízate. ¿Crees que me he gastado el dinero para no cuidarla bien? ¿Piensas que hubiera invertido en esto una pequeña fortuna si no tuviese el propósito de tratar bien a la niña?

El argumento pareció convencer a la señora Morrison, porque ésta comenzó a retroceder lentamente, caminando de espaldas, mientras en sus labios temblaba una sonrisa.

—Sí, está bien... Claro. Eso está muy bien...

Se alejaba ya de la zona de luz. Se hundía definitivamente en el imperio de las sombras.

La niña sintió que un sollozo subía a su garganta. Con los diez dedos crispados, con la angustia temblándole en la boca, gritó:

—¡Ma!

Intentó correr hacia ella. Pero *ma* ya se había ido. Una puerta se cerró bruscamente en las tinieblas, como se cierra la losa de una tumba.

La pequeña se estrelló contra aquella puerta. Sus pequeños puños arremetieron contra la madera, lastimándose, cubriéndose de sangre al tropezar con unos viejos clavos de las juntas.

Sin notar el dolor, sin sentir otra cosa que su propia soledad y su propia angustia, la niña imploró:

—¡Ma! ¡Ma! ¡Ma!

La mano muy blanca, muy suave, surgió de entre las sombras. La voz ronca flotó en el aire.

—¿De qué tienes miedo? Yo te cuidaré tan bien como ella. Ven...

Iris Lane, sintiéndose acorralada, giró hasta que sus espaldas chocaron contra la puerta. Vio entonces a la mujer.

Ésta era ya mayor, y tenía unas profundas bolsas color morado bajo los ojos. Vestía con cierta elegancia, pero según su gusto ya completamente pasado de moda. Daba una sensación que no se podía explicar, pero era esa sensación que dan las personas que han estado mucho tiempo encerradas, y que hacen pensar que han salido de una tumba.

—Ven...

Iris se puso a llorar, resistiéndose. Cuando la mujer quiso ponerle la mano encima, la esquivó y fue a chocar contra una de las paredes. Luego corrió desesperadamente, mientras sus sollozos encontraban un extraño eco en las paredes desnudas del local.

La mujer comprendió que por agilidad no la alcanzaría nunca. Pero tuvo entonces una idea.

Apagó la luz.

En las tinieblas que lo llenaron todo, los sollozos de la niña eran como una guía segura e infalible.

La mujer avanzó cautelosamente. Incluso contuvo la respiración para que no se la oyese. Sabía que la niña, paralizada por el miedo, no se atrevería a moverse de allí donde estaba.

De pronto saltó hacia delante.

La niña intentó revolverse, mientras sentía las manos en sus hombros, estrujándola. Tembló toda ella y empezó a chillar, mientras estaba a punto de sufrir un ataque de histerismo, dándose cuenta de lo que iba a suceder la abofeteó dos veces.

—¡Calla! ¿De qué tienes miedo? ¡Calla, tonta!

Iris empezó a hipar, cuando le faltaron las fuerzas incluso para sostener el llanto.

—No voy a hacerte nada... —La voz susurrante de la mujer llenaba las tinieblas—. A mí también me llamarás *ma* dentro de muy poco tiempo... ¿Es que no te das cuenta de que conmigo vas a estar mejor, mucho mejor que con ella?

En el cerebro de la niña aquella idea penetró como un bálsamo calmante, aunque no llegó a convencerla.

—¡Yo ya estaba bien allí! —gimió—. ¡No quiero irme!

—¿Verdad que tampoco querías irte del Orfelinato?

—No...

—¿Y verdad que luego te convenciste de que con la señora Morrison estabas muchísimo mejor?

—Sí...

—Pues lo mismo te ocurrirá conmigo. ¿Es que no lo comprendes? Ven y te darás cuenta... Estarás muchísimo mejor... Yo sólo te pido que pruebes.

La niña, más calmada, conteniendo hasta el hipo, dejó que aquellas manos la sujetaran completamente.

La mujer susurró:

—Si mi casa no te gusta, volveremos a la de la señora Morrison...

Aquello fue lo que terminó de convencerla. Sujeta por la mano de la desconocida, se dejó llevar a través de las tinieblas.

Salieron por la misma puerta por donde entrara poco antes. En la cercana Fleet Street, la mujer detuvo un taxi.

Lo dejaron muy cerca de

Regent's

Park, y luego hicieron parte del camino a pie.

Un camino que llevaba hacia una casa grande, silenciosa, triste, que parecía herméticamente cerrada y en cuyo jardín delantero, completamente abandonado, se ahogaban los nasos sobre la alfombra de las hojas.

CAPÍTULO VII

Riley entró en la pequeña Comisaría, donde el sargento de guardia se preparaba, lenta y meticulosamente, el té de las cinco.

—Hola, Howard.

—Hola, señor fisgón. ¿Qué le trae por aquí?

—Hace poco tiempo un cliente mío presentó una denuncia por amenazas. Quiero saber si se ha cursado ya.

El sargento señaló hacia el fondo, donde había un pasillo con varios despachos.

—Vaya allí, al despacho del jefe. ¿Qué tiempesito, eh? ¿No le apetece una taza de té caliente?

—No, ahora no, gracias.

—Usted se lo pierde, fisgón.

Riley pasó al despacho del jefe, y entró en él tras anunciarse con un leve golpe de nudillos. Vio que el inspector estaba hablando con un agente y con alguien a quien tenía enfrente de la mesa, sentado en una silla.

—... Y lo importante es saber de dónde se ha escapado.

—... Claro que sí. ¡Y de qué forma tenía que defenderse! ¡Nos ha costado detenerle más que a un hombre!

Riley apenas prestó atención a aquellas palabras que se pronunciaban en el despacho cuando él entró. Hasta que de pronto quedó paralizado, al ver a la persona que se sentaba en la silla.

Era un niño.

Un niño mal vestido, con expresión hosca y rebelde, y a quien él conocía bien.

—Cielos... —susurró. El inspector le miró.

—¿Qué le pasa, Riley? ¿Le conoce?

—Sí...

El niño casi saltó sobre él. Hizo un gesto de amenaza que no parecía propio de su edad.

Sus ojos brillaron fieramente, saliéndose casi de sus órbitas.

—¡Si habla le juro que...!

El agente tuvo que sujetarle con rudeza:

—¡Tú calla, mocoso!... Riley miró al inspector.

—¿Qué ha hecho?

—¿Le conoce o no?

—Ya le he dicho que sí. ¿Pero qué hace un chiquillo como él en una Comisaría?

—Se ha fugado de algún sitio, seguramente de su casa, pero se niega a decirnos de dónde.

Riley tragó saliva.

—Se ha fugado de un Orfelinato.

—¿De cuál?

—Del Saint James.

El chiquillo casi se lanzó sobre él. Lo hubiera hecho caso de no sujetarle el policía a tiempo.

—¡Maldito chivato! ¡En cuanto pueda le voy a...!

Riley le miró sin rencor. Le miró, al contrario, con una suave dulzura.

—Lo siento, muchacho. Creo que es mi deber. Caso de no llevarte al Saint James te llevarían a un correccional, y eso sería peor para ti.

—¡Pero yo no quiero volver!

—Nadie quiere volver a los sitios que no le gustan, muchacho. Pero comprende que aquél es el sitio mejor para ti. Comprende que allí estarás protegido y te enseñarán a ser un hombre.

—¡No volveré hasta que haya encontrado a Iris! ¡A ella se la llevaron a la fuerza de allí!

¡Y era mi mejor amiga!

El niño ahora no amenazaba. Ahora estaba llorando. Y había en sus ojos una sinceridad, un patetismo que llegaron hasta el fondo del alma del investigador Riley.

Éste musitó:

—Ella está bien, amigo mío. Te... te lo juro.

—¿Usted qué sabe? ¿Qué saben todos?

—El Orfelinato no permite que un niño sea adoptado sin exigir

ciertas garantías de que se le va a cuidar bien.

—¡Pero ella marchó a la fuerza!

—Ella era una niña, muchacho. Una pobre niña. Para ella el mundo empezaba y terminaba en las paredes del Orfelinato, adonde la habían llevado poco después de nacer. ¿Cómo quieres que se marchara a gusto de allí? La dominaba el terror a lo desconocido. Ciertamente que lloró, pero lo encuentro natural, y sé que ahora estará dando gracias a Dios por haber salido de aquel sitio. Ahora tiene un verdadero hogar.

—¿Qué sabe usted?

—No deberías ser así, muchacho. A tu edad ya hay que empezar a comprender las cosas. Del Orfelinato no se deja salir a ningún menor de edad sin tener garantías de que se le va a cuidar bien. En el caso de Iris se hicieron todas las investigaciones, estoy seguro.

El inspector añadió:

—Si es eso lo que te ha obligado a escaparte, puedes estar tranquilo.

—Teniendo en cuenta que el chico ha escapado porque quería salvar a una niña —dijo Riley—, y su intención era noble, debería ser devuelto al Orfelinato con una recomendación de que no se le castigase. ¿Qué le parece, inspector? ¿No es eso justo?

El inspector gruñó:

—Claro...

Y tomó una hoja de papel para ponerse a redactar la carta que pensaba enviar al director del Orfelinato.

Pero en aquel momento el chiquillo hundió la cabeza, y sus sollozos le sacudieron el pecho. Lloraba con tanta angustia, con tanta desesperación, con tanta sinceridad, que Riley se avergonzó de ser un hombre y no poder hacer más por aquel niño. Se avergonzó en cierto modo de existir.

Sintió una pena inmensa por el muchacho y por sí mismo.

* * *

Cuando salió a la calle, comprendió que no tendría fuerzas para encerrarse en el coche y conducir por entre la ajetreada circulación de Londres. Lo más fácil sería que se estrellase contra la primera farola.

Por lo tanto echó a andar.

Las calles estaban tranquilas, quietas a aquella hora y en aquel sector alejado del centro. Los escaparates exhibían sus artículos, y sin darse cuenta el paseante se sentía inclinado a contemplarlos. Fue eso lo que hizo Riley al doblar la esquina.

Había tiendas de todas clases. De repuestos para automóvil, de comestibles, de flores, de juguetes...

De juguetes.

Riley, que ya casi había pasado de largo, volvió de nuevo la cabeza para mirar otra vez a aquella muñeca.

Una muñeca casi de tamaño natural, bien vestida, bonita, que debía tener un alto precio.

Luego siguió andando, pero una arruga vertical se había marcado ya en su frente.

—*¿Dónde he visto yo antes esa cara...?*— musitó para sí mismo.
—*¿Dónde?*

CAPÍTULO VIII

En su elegante residencia de Londres, la familia Stuart daba una pequeña fiesta aquella noche.

Desde la muerte de Philip Stuart, ocurrida tres años antes, la familia se componía únicamente de la madre, viuda, y tres hijas, una de las cuales era Ketty, la que había ido a hacer una consulta al despacho de Riley.

Una consulta acerca del extraño regalo que le habían hecho. El regalo de una muñeca.

Como los Stuart estaban en buena posición económica, y las tres hijas solteras eran de lo más apetitoso, no resultaba extraño que la fiesta estuviera la mar de concurrida por elementos del sexo masculino, del femenino y hasta del intermedio. Todas las fiestas de los Stuart representaban un éxito y llevaban a la gente de calle.

Ketty, la hermana mayor, se retocó ligeramente los labios ante el tocador. Luego se alzó la falda, con un gesto lleno de inconsciente coquetería, para ajustarse una media.

Lo estaba haciendo cuando sus ojos fueron, sin darse cuenta, hacia una de las butacas de su habitación. Allí, sobre aquella butaca, reposaba la muñeca.

Una muñeca de gran tamaño, de rostro muy serio y natural, que siempre le hacía recordar a una niña.

Ketty Stuart se mordió, sin darse cuenta, los labios que acababa de pintarse.

¿Por qué aquella obsesión? ¿Por qué pensar siempre que estaba siendo observada, vigilada, por aquellos ojos sin vida?

Unos ojos que parecían suplicar.

Ketty decidió no mirar más hacia allí, y dejando caer la falda salió de la habitación.

La fiesta, celebrada en el salón principal de la casa, estaba en su apogeo. Tres jóvenes de buen aspecto saltaron casi hacia ella para disputarse el honor del primer baile.

—Conmigo, Kitty.

—A mí me lo prometiste, recuérdalo.

—No pareces muy animada.

Ketty se volvió hacia el que acababa de pronunciar esta última frase.

—No lo estoy mucho, la verdad.

—De todos modos, ¿te importaría bailar? A la mejor te animas.

—A lo mejor...

La muchacha bailó solamente un par de piezas. Y la verdad fue que aquello no la animó. Al contrario, aún se sintió más cansada, más triste, más dominada por una melancolía que no conseguía evitar.

Cuando tuvo un momento susurró:

—Voy a mi habitación. He olvidado recoger mi pañuelo.

La verdad era que Kitty ya no pensaba reaparecer en la fiesta. Se sentía tan cansada, tan abatida, que pensaba que un par de aspirinas y una hora tendida en el lecho serían lo único que conseguiría aliviarla.

Entró en la habitación y encendió la luz.

De pronto tuvo una sensación de frío en la espalda.

No supo lo que era, no pudo explicarlo en el primer instante.

Pero sin duda era la muñeca.

Era algo que le sucedía a la muñeca.

Los ojos de Kitty fueron hacia ella y se dio cuenta de que la muñeca tenía la pierna izquierda atravesada por una cuchillada de lado a lado.

* * *

Ketty avanzó. Avanzó sin darse cuenta de lo que hacía, como si flotase entre la niebla. Sus dedos temblorosos rozaron la pierna de la muñeca.

Ésta estaba hecha con plástico, y la bonita pierna aparecía rasgada por lo que sin duda era una cuchillada profunda. El hecho no podía atribuirse a la casualidad, sino a un acto voluntario. Era

inexplicable.

¿Quién podía tener interés en castigar una muñeca? ¿Por qué?

Pero lo más inexplicable era que aquello había sido hecho muy recientemente. Había sido hecho sin duda por alguien que acababa de entrar en la habitación... *¡que quizá aún estaba allí!*

Ketty miró a su alrededor, mientras estaba a punto de lanzar un gemido.

Pero todo continuaba igual. El armario estaba cerrado con llave desde fuera, lo cual indicaba que nadie podía estar en su interior. De todos modos Ketty no se atrevió a comprobarlo. Sólo la ventana estaba abierta, pero ella no recordaba si la había dejado así al salir de la habitación.

De todos modos una cosa le parecía evidente y la tranquilizó. Ahora ella estaba sola.

Movida por un impulso irreflexivo, abrió uno de los cajones de su cómoda y extrajo la guía telefónica. Buscó el número de Riley, investigador privado. Lo anotó nerviosamente.

El dedo índice de su derecha parecía ser movido por una fuerza ajena cuando disco el número.

No sabía lo que le diría a Riley. No sabía exactamente cómo empezar. Ni sabía tampoco qué excusa le presentaría por no haber ido a la dirección de la tarjeta que él le entregó.

Al cabo de un instante tuvo que colgar.

—Comunican —suspiró con desaliento—. Comunican como si hablase una vieja cotorra...

Ketty Stuart no podía saber en aquel momento que, en cierto modo, lo que estaba pensando era verdad.

* * *

La vieja cotorra de *miss* Morrison alcanzó el teléfono de una cabina pública cuando acababa de llegar a la estación de Newhaven^[1], y marcó nerviosamente el número de Riley.

Éste se puso al aparato al cabo de unos instantes.

—Diga...

—Míster Riley, no sé si me recordará. Yo le contraté hace algún tiempo. Soy la señora Morrison.

—Claro que la recuerdo, señora.

—Soy la que adoptó a aquella niña.

—Sí, a Iris Lane. Lo recuerdo perfectamente.

—Verá... He de decirle una cosa. ¿Me escucha, señor Riley?

—Claro que sí... Por supuesto que la escucho, señora Morrison.

Dígame, ¿qué le ocurre?

—Voy a marcharme de Inglaterra. Sólo usted sabe esto.

—¿Yo solo? ¿Y las autoridades?

—Tengo pasaporte.

—¡Pero lo que quiero decir es que no puede llevarse sin permiso a la niña!

—No me la lleva, señor Riley.

—¿Qué..., qué dice?

—Me han pagado el viaje. ¡Me han pagado el viaje para que desaparezca de la circulación, señor Riley!

—Eso no tiene sentido. ¿Y la niña?

—Ya no está conmigo.

—¿Se ha vuelto loca? ¿Quién la tiene?

—La otra persona que quería adoptarla al mismo tiempo que yo, señor Riley.

El agente respiró con fuerza, mientras le acometía una extraña sensación de vértigo.

—Recuerdo que dos personas querían adoptarla. Sí, de eso me acuerdo perfectamente. Usted me contrató precisamente para impedir que la otra persona a la cual no había sido concedida la niña, pudiese hacerla ningún daño.

—Así es, pero en realidad no debí hacerlo. Simplemente yo tenía miedo, mucho miedo, aunque no sabía bien de qué. Le pedí que me ayudase sin tener una auténtica necesidad de hacerlo, porque yo sabía que a Iris no iba a ocurrirle nada.

—Por Dios, explíquese.

La voz de la mujer llegaba clara y distintamente, aunque algo ronca.

—Yo quería adoptar aquella niña a la que había visto varias veces, pero el Orfelinato exige garantías, medios de fortuna, y yo no soy más que una pobre actriz retirada. Al mismo tiempo que otra persona quería adoptarla también, pero ella ofrecía aún menos garantías que yo, porque no daba un domicilio. Lo normal era que el Orfelinato no nos la hubiera concedido a ninguna de las dos

cuando inesperadamente esa otra persona vino a verme. Resultó que éramos viejas amigas de nuestros años de teatro.

—¿Y qué?

—Aunque no nos habíamos visto en muchos años, ella me propuso un trato. Me dijo que me ingresaría dinero en cuenta corriente y adecentaría mi casa para que yo pudiese parecer una mujer rica, y así el Orfelinato me concedería a Iris. Pero luego yo debía entregársela.

—¿Y usted aceptó?

La voz del detective había sonado brusca y áspera.

—Sé que lo que piensa de mí no puede repetirse, señor Riley... Pero hágase cargo... Con aquel dinero inesperado se me aseguraba mi vejez. La otra persona de que le hablo también quería a la niña porque se encontraba muy sola. Iba a cuidarla bien...

—¿Y usted se la ha entregado ya?

—La entregué hace un par de días, señor Riley.

—¿Dónde?

—En una vieja imprenta cerca de Fleet Street. El detective tragó saliva.

—Hay algo que no entiendo. Va a tener que aclarármelo inmediatamente.

—Diga, señor Riley.

—La mujer de que usted me habla es rica, ¿no?

—No creo que tenga una fortuna, pero desde luego es rica. Al menos, bastante más que yo.

—¿Cómo se explica entonces que al solicitar la adopción no diese ni siquiera un domicilio fijo?

—No le interesaba.

—¿Por qué?

—No lo sé, señor Riley. Sólo supongo que si no lo dio fue porque no le interesaba darlo. Ella tiene una casa, y además es suyo el local de la imprenta donde le entregué la niña.

—Y usted ahora tiene miedo, ¿verdad? Ahora se le ocurre pensar qué una persona que obra de ese modo no puede querer nada bueno...

Al otro lado del cable, la señora Morrison casi se puso a hipar.

—Sí, señor Riley.

—Y por eso me llama...

—Sí, señor Riley.

—¡Deme inmediatamente el nombre de esa mujer! ¡Deme su dirección exacta!

—La dirección la ignoro, señor Riley. En cuanto al nombre...

—¡Démelo!

—No me atrevo, señor Riley. ¡Tengo miedo!

—¡No sea estúpida!

—¡Si esa persona se ve acorralada es capaz de hacer algo contra la niña!

—¿Pero no comprende que lo averiguaré igual? ¡Pediré el nombre que dio en el Orfelinato!

—No se moleste. Era falso. Riley quedó sin respiración.

Durante unos instantes quedó atónito, abrumado, como sin fuerzas, y entonces se dio cuenta de que al otro lado del cable, la señora Morrison acababa de colgar.

Se había roto el hilo, la pista. Pero eso no era lo más grave.

Lo más grave, lo más inquietante, lo más terrible era que ahora recordaba ya qué rostro se parecía al de la muñeca que antes vio en el escaparate.

El rostro de Iris Lane, el rostro de la niña.

CAPÍTULO IX

La niña intentó andar. Lo intentó con todas sus fuerzas, crispando los dientes en un gesto doloroso.

Al fin se declaró vencida, sollozando.

De su garganta partía una especie de ronco estertor.

—¡No puedo...! ¡No puedo!...

Veía las manos de la mujer iluminadas por la luz concentrada de la lámpara. Aquellas manos eran muy blancas y en ellas brillaba el anillo. Destacaban también las puntillas, de gusto muy anticuado, en que terminaban las mangas negras.

—¡No puedo! ¡Le juro que no puedo!

—Vamos a ver. Prueba otra vez... La voz era metálica, fría, lejana.

—Prueba...

La niña lo intentó. Quiso andar normalmente, pero la pierna izquierda le fallaba.

—Me... duele mucho.

—No seas estúpida.

La pequeña fue a caminar hacia la ventana, pero entonces su pierna izquierda falló definitivamente y cayó de bruces, gimiendo.

No era extraño, desde luego, que su pierna izquierda fallase.

Tenía un corte en ella, un corte que le atravesaba todo el muslo, y que sin duda lesionaba los tendones.

Un corte muy parecido al de la muñeca.

—No puedo...

La mujer, desde la penumbra, suspiró con cansancio, como si aquello hubiera resultado muy penoso para su sensibilidad.

A lo lejos, en las habitaciones hundidas en tinieblas, se oía el roce furtivo de mil bichos repugnantes que, a lo largo de los años,

se habían ido convirtiendo en sus dueños.

Toda la casa olía infernalmente a suciedad, a cerrado, a muerto. La mujer suspiró:

—Siento mucho que no puedas valerte, pero al menos tengo una seguridad. Al menos sé ahora que no intentarás escapar, pequeña...

CAPÍTULO X

Ketty Stuart oprimió el auricular ansiosamente.

—Por fin consigo hablar con usted, señor Riley...

—¿Es que me ha llamado antes?

La voz de Riley sonaba cansada, lejana, y parecía venir desde muy lejos.

—Le estuve llamando largo rato anoche, señor Riley, pero usted comunicaba. Y, de pronto, cuando volví a insistir, su teléfono no contestaba ya. Luego puede decirse que he estado insistiendo durante todo el día.

—Lo siento —dijo Riley—. Debíó usted llamarme justamente cuando me ponían una conferencia desde Newhaven. Acto seguido tuve que partir inmediatamente hacia allí, y ahora acabo de regresar. Durante la noche pasada no he pegado un ojo ni un momento... Pero precisamente yo también pensaba llamarla.

—Es... es por algo relacionado con lo que hablamos la otra vez.

—¿Por qué no llamó a la policía, al ver que no estaba yo?

—La policía dirá que mis palabras no tienen sentido.

—¿Qué es lo que ocurre exactamente, señorita Stuart?

—La muñeca... No... no sé cómo explicarle.

En contra de lo que ella esperaba, la voz de Riley sonó precipitadamente y casi entrecortada por el nerviosismo.

—¿La muñeca? En seguida voy hacia allá. ¿Está en su casa?

—Sí... En casa.

Colgó sin saber exactamente qué era lo que le ocurría.

Sólo quince minutos más tarde, lo que era un tiempo récord para las distancias de Londres, Riley se presentó ante la casa de los Stuart.

Ésta se encontraba enclavada cerca de Hyde Park, y desde sus

ventanas se divisaba uno de los paisajes más aristocráticos de Londres.

Riley fue conducido inmediatamente a presencia de Ketty, que estaba pálida como una muerta.

—Buenas tardes, señor Riley. Gracias por haber venido tan pronto.

—Ya le he dicho que pensaba llamarla de todos modos. ¿Dónde está la muñeca?

—Venga.

El dormitorio de Ketty olía a colonia fresca, a ropa limpia, a ese suave e indefinible perfume que sólo puede tener la piel de una mujer bonita. Las débiles luces del atardecer penetraban por los ventanales, y la habitación tenía un aire íntimo que hizo pensar cosas extrañas a Riley, cosas malditas de esas que uno no cuenta a nadie. Pero se dominó.

La gran muñeca estaba de cara a él, sentada en una de las butacas, exactamente como si fuese una niña.

La muchacha vio cómo Riley palidecía.

—¿Qué le ocurre?

—Esa muñeca...

—¿Qué sucede con ella? ¿Es que ahora se da cuenta de que algo de lo que le dije es verdad?

—Esa muñeca es igual que la niña... Ketty no le entendía bien.

—¿Qué niña? —musitó.

—Iris Lane, la que se llevaron del Orfelinato Saint James.

—Iris Lane...

—¿Le recuerda algo ese nombre?

—No.

Riley la sujetó por los hombros, zarandeándola casi sin darse cuenta de lo que hacía.

—Por favor, haga memoria. Piénselo bien.

—Ese nombre no me recuerda nada.

—Sin embargo usted vino a verme por una razón muy concreta. Dijo que le habían enviado esa muñeca, no sabía quién, y que el rostro del juguete le recordaba el rostro de una niña *a la que usted había visto alguna vez*. ¿Dónde la vio? ¿Quién era?

—No..., no lo sé.

—¿No se llamaba Iris Lane?

Ketty se llevó las manos a la cabeza, cerrando los ojos, como si bruscamente le hubiera acometido una sensación de vértigo.

—No lo sé... ¡Por Dios, trate de comprenderme! Si yo hubiese sabido algo concreto, algo que pudiera demostrarse con pruebas, sin duda hubiera acudido a la policía. Pero lo mío rió tiene sentido..., y sin embargo, *sé que existe*. Por eso acudí a usted. Pensé que tal vez pudiera ayudarme.

Riley la soltó lentamente, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo, como si le fallaran las fuerzas.

—Muy bien. Y quiero ayudarle. Quiero averiguar qué es lo que hay detrás de esta maldita historia, pero para hacerlo necesito algún dato. Sería incalculablemente útil que usted me dijera dónde pudo ver antes a esa niña.

—Es inútil, señor Riley.

—¿Por qué?

—Tuvo que ser hace muchos años. De lo contrario recordaría perfectamente cuándo la vi y dónde.

—O sea que esa niña, que ahora debe tener unos seis años, era entonces, por decirlo así, una criatura de pañales.

—Puede.

—A pesar de lo cual, si la cara no le ha cambiado mucho, usted ha podido recordarla al ver la muñeca.

—Es posible. Pero usted da por supuesto ya que se trata de Iris Lane.

—Sí.

—¿Qué sabe de ella?

—Creo que se lo he explicado ya. Una tal señora Morrison la adoptó y la sacó del Orfelinato de Saint James. Pero luego esa misma señora la cedió a otra persona y ella se largó al extranjero. Me lo estaba confesando anoche desde Newhaven cuando usted me telefoneó.

—¿Y fue usted a Newhaven?

—Claro. Volando.

—¿Qué le dijo la señora Morrison?

—Nada. Ya no pude encontrarla. Había volado la maldita vieja.

—Pero usted debió hacer alguna investigación en los barcos que cruzaban el Canal esa noche...

—La hice, naturalmente. Pero el nombre de esa mujer no

figuraba en las listas de pasajeros. O habrá embarcado con nombre falso o lo habrá hecho más tarde, por ejemplo hoy, consiguiendo desorientarme.

Riley se llevó un momento los dedos a los ojos.

—De todos modos es posible que este asunto de la muñeca sea un cúmulo de casualidades o una historia de mal gusto —añadió—. Quizá lo más sensato fuese no dejarnos obsesionar por ella.

—Es que hay algo que usted no conoce aún, señor Riley.

—¿Qué?

Ketty se acercó a la muñeca y la levantó, volviéndola de espaldas. Así se apreciaba en el muslo el profundo corte que casi partía una pierna.

—¿Qué es eso?

—¿Es que no lo entiende, señor Riley? Alguien hizo eso a la muñeca anoche. Precisamente fue al verlo cuando le llamé. Era una cosa horrible..., pero que aparentemente no tenía sentido.

—¿Sospecha quién lo hizo?

—No. Pero fue alguien que entró por la ventana, sin duda.

—Entonces habrá dejado huellas.

—Es posible.

Riley apretó los labios.

—Más tarde haré una investigación en ese sentido. Ahora es necesario saber si alguien notó algo. Por ejemplo, sus hermanas. Usted tiene dos hermanas, ¿no?

—Así es.

—¿Dónde están ahora?

—¡Cualquiera sabe! Salen con frecuencia, porque tenemos un coche para cada una. Pero puede que al menos Otilia, que es la más pequeña, esté en su habitación. A veces se pasa tardes enteras dibujando.

—¿Podríamos hablarla?

—¿Por qué no?

Salieron al corredor. De pronto ella se detuvo, apoyándose un momento en la pared, mientras su respiración se hacía dificultosa.

Pero nunca había estado tan bonita. Nunca sus senos, sus caderas, sus piernas, sus mágicos labios, habían tenido para el hombre una llamada tan directa. Precisamente en este momento, cuando ella no pretendía gustar a nadie, cuando estaba hundida en

su pequeño mundo de horror, fue cuando Riley sintió, de una forma casi dolorosa, lo mucho que Ketty le gustaba. Pero tuvo que desviar los ojos.

Ella musitó:

—Señor Riley...

—¿Qué?

—¿Es lógico lo que hacemos? ¿Debo alarmar a Otilia con mis manías? ¿No pensará que estoy loca, sobre todo al saber que he llamado ya a un investigador privado?

—Le diré que dejé aquí la muñeca por equivocación, y que me sabe muy mal que la hayan estropeado. Le contaré cualquier embuste.

—Bien... Entonces vamos.

Siguieron andando por el mismo corredor. Al fondo había una puerta como las otras, magníficamente tallada. Ketty, sin molestarse en llamar, la abrió.

La puerta daba a un dormitorio como el de Ketty, pero ésta no se atrevió a franquear el umbral.

De pronto lanzó un grito.

Un grito alucinante, que partió de las entrañas de su propio miedo.

CAPÍTULO XI

La chica estaba tendida en su cama. Estaba en la posición apacible y un tanto descuidada de la chica bien vestida, bien alimentada, satisfecha de la vida, que se ha tendido a dormir una siesta.

Una siesta demasiado larga.

Porque ya la noche entraba por las ventanas, una de las cuales estaba entreabierta, y porque la muchacha estaba materialmente bañada en el minúsculo océano de su propia sangre.

La blancura de su tez, de su cuerpo entero, era sencillamente espantosa. Otilia se había desangrado.

Riley no necesitó ver cómo cuando distinguió el corte en su pierna izquierda, un corte algo parecido al de la muñeca, pero que había sido hecho con intención de matar. La cuchillada había hendido la femoral, haciendo que la víctima se desangrara por completo.

Ketty, presa de un ataque de nervios, cayó de rodillas. Sus labios apenas eran capaces de proferir mi murmullo, entre el que las palabras salían a borbotones.

—Ella no ha podido suicidarse... No ha podido. ¡Otilia era buena cristiana y además no tenía motivos para desear este fin! ¡No ha podido hacerlo!

Riley intentó ponerla en pie. Notó que el cuerpo de la muchacha temblaba espasmódicamente.

—No lo ha hecho, pequeña.

—Entonces...

Los ojos de Ketty le miraban alucinados.

—Fíjate en el corte. Está hecho directamente sobre la media, mientras ella dormía. Se ha desangrado sin darse cuenta. Si dejas de llorar, notarás también el olor a cloroformo.

—¿Quieres decir que... la han narcotizado?

—Lo bastante para que no se diera cuenta de que perdía toda su sangre.

—Es qué han hecho con ella algo muy parecido a lo de..., lo de la muñeca.

—Eso mismo es lo que estoy pensando.

A los gritos iniciales de la muchacha habían acudido ya dos sirvientes. Los dos quedaron como petrificados ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Durante unos minutos interminables parecieron estatuas de las que sólo se movían sus bocas, unas bocas que temblaban espasmódicamente.

Riley comprendió que ellos no podían ser de ninguna utilidad allí. Ahora era preciso actuar, no pensar. La policía tenía que llegar cuanto antes.

—Retírense, se lo suplico —dijo en voz baja—. No permitan la entrada a nadie hasta que llegue la policía. Y si alguien llama por teléfono, contéstenle con una evasiva.

Ketty parecía a punto de desmayarse. Estaba apoyada en la pared, con los ojos espantosamente turbios, y sus rodillas iban cediendo poco a poco.

Riley volvió a sujetarla, pero ahora fue para sacarla de allí. La hizo sentarse a la fuerza en uno de los divanes del *living*, donde no pudiera ver la muñeca ni el cadáver.

En este momento le hubiera sido imposible decir cuál de las dos cosas le parecía más siniestra.

—Voy a llamar a la policía, Ketty, pero prefiero hacerlo personalmente. La comisaría está a dos pasos. A ser posible quiero que no se llame la atención en este barrio.

—Lo..., lo comprendo. ¿No deseas que se hagan comentarios, verdad? Todo es demasiado extraño...

Ahora se hablaban con confianza, como dos viejos amigos, como si se hubieran conocido durante toda su vida. Pero ni ella ni Riley podían darse cuenta de eso en un momento como éste.

—Regresaré dentro de cinco minutos, Ketty. Mientras tanto, no toques nada ni entres en esa habitación.

—No..., no lo haré.

Cuando él iba a volver la espalda, Ketty le llamó:

—¿Por dónde crees que entró el asesino?

—Por la ventana, sin duda.

—Tenemos los dormitorios en la planta baja y no hay en las ventanas ni una reja...

Cuando vi lo de la muñeca debí comprender que... Debí comprender que era un error.

—Tú no tenías entonces motivos serios para sospechar nada, Ketty. Obraste como debías obrar.

Abrió la puerta y salió a la calle con los labios apretados hasta formar una mueca. Un par de minutos después estaba en la comisaría.

* * *

Cuando iba a salir del despacho del inspector-jefe, acompañado por éste, por un sargento y por un técnico en huellas, vio que en el vestíbulo principal de la comisaría estaba siendo interrogado un niño.

Riley se detuvo de repente, como si le hubieran asestado un mazazo en el cráneo.

Porque él conocía a aquel niño. Porque era el mismo a quien había visto por primera vez en el Orfelinato de Saint James.

Bruscamente dejó de seguir a los policías. Quedó allí quieto, mirando a los ojos del pequeño, a quien los agentes habían hecho sentar en una silla.

—Pero... —balbució.

El sargento que le estaba interrogando levantó la cabeza.

—¿Lo conoce, fisgón?

—Sí.

—Supongo que no podrá responder por él...

—¿De qué se le acusa?

—De ladronzuelo. Se ha fugado del Orfelinato por segunda vez, y estaba robando cosas en una tienda porque sin duda no había probado bocado en todo el día. Pero no es eso lo peor.

—¿No?

—El muy granujilla sabe algo de judo, a lo que parece. El caso es que, con dos hábiles zancadillas, ha tumbado por el suelo a dos policías antes de que le echáramos el guante. Nos ha dejado en ridículo. Parece mentira en un crío de su edad, pero es un auténtico

peligro público.

—¿Qué piensan hacer con él?

—No creo que valga la pena devolverlo al Orfelinato. Más bien convendrá que tome cartas en el asunto el Tribunal de Menores y se le envíe por una temporada a un reformatorio.

Riley dejó de mirar al pequeño.

—¿Y si ya respondiera por él?

—¿Usted, fisgón?

—Para eso valgo como cualquier otro, ¿no?

—Apuesto a que no sabe ni cómo se llama el crío. Riley se mordió el labio inferior, mientras gruñía:

—Pues no. No lo sé.

—El chico se llama John —masculló el sargento—. No creo que valga la pena el que se moleste por él, pero si usted, fisgón, quiere garantizar su conducta, hablaré con el jefe. Puede que aún se le envíe al Orfelinato por última vez. —De pronto pareció tener una idea—: Oiga, ¿por qué no lo adopta?

—Yo soy soltero —dijo Riley—; no podría cuidar de un chiquillo así.

—Ni usted ni nadie. El muy tunante sabe de judo más que nosotros —masculló el sargento—. Bueno, Riley, entretendré este asunto unas horas. Vuelva por aquí antes de la noche, ¿eh?

—Volveré, sargento.

Riley hizo de nuevo el camino hacia la casa de los Stuart. Los agentes ya estaban trabajando allí.

Acababa de llegar también un fotógrafo. Resultaba increíble la rapidez con que la policía se movía en ciertos casos. Lo cierto era que el cuerpo de Otilia, bañado en su propia sangre, había pasado ya a la posteridad en varios clisés realmente siniestros. El sargento tomaba medidas, y el inspector llamaba por teléfono al forense.

—... Sí... Es un caso clarísimo, infiernos. Sólo tendrá que dar un vistazo y largarse...

Además, la chica acaba de morir... Ketty lloraba silenciosamente.

Riley tuvo la sensación de que no olvidaría jamás aquel cuadro patético, de que hasta el fin de sus días recordaría las lágrimas de Ketty y la carne espantosamente blanca de su hermana asesinada. Un odio frío, implacable, un odio que hasta entonces no había

conocido nunca, se adueñó poco a poco de él.

¿Pero odio contra quién? ¿Quién había cometido aquello? ¿Dónde estaba la sombra misteriosa a la que quería exterminar?

—Tienen que sacar también las huellas que pueda haber en esa muñeca —dijo al inspector.

—¿Para qué?

—Es importante. Supongo que encontrarán unas huellas que coincidirán con las de la ventana y quizá también con las que pueda haber encima del cadáver.

El inspector se encogió de hombros.

—Tonterías.

Riley no pudo soportar más aquella tensión. Salió a la calle con la cabeza convertida en un tambor que estaba sonando continuamente. Le parecía como si dentro de su cráneo estuviera galopando una manada de bisontes.

Tomó el *tube*^[2] sin saber adónde le conducía. Hizo dos transbordes al azar. Y, cuando ya parecían haber transcurrido varias horas, cuando había perdido la noción del tiempo, se encontró en Regent's

Park sin saber cómo. Se encontró entre la niebla, frente a las señoriales casas de la época victoriana, bajo la capa misteriosa y condenada de la noche.

Sus pasos, en contra de su voluntad, le empujaron hacia el lugar donde había sido muerta tía Lotis.

Otra vez la casa apareció ante él como una sombra del pasado, como un lugar sin sentido, pero donde todas las cosas irreales podían ocurrir.

Estaba silenciosa como la noche, quieta como las sombras que las farolas arrancaban de los árboles, misteriosa como la niebla.

CAPÍTULO XII

La luz se proyectaba sobre la mano muy blanca. Sólo sobre aquella mano. Y hacía brillar el anillo y destacar las puntillas de gusto anticuado al borde de la manga negra.

La voz ordenó:

—Ven, Iris; acércate. La niña se acercó.

Sobre ella se proyectaba otro cono de luz que le enviaba otra lámpara desde la mesa. Todo el resto eran tinieblas. Diríase el escenario a oscuras de un teatro, en el que sólo la figura de Iris Lane aparecía iluminada.

La voz volvió a ordenar:

—Así. Quieta.

—Estoy quieta, señora.

Muy poco quedaba del aspecto saludable con que Iris Lane fue llevada a la imprenta abandonada cerca de Fleet Street. Sus mejillas se habían hundido, sus ojos estaban apagados. Las piernas habían enflaquecido enormemente en aquellos pocos días. Le temblaban las manos continuamente, y sus labios, que antes fueron muy rojos, se habían vuelto horriblemente pálidos.

Pero no era eso lo que más impresionaba en la niña, sino la mirada de angustia, de permanente horror, que había en sus ojos.

La voz susurró:

—Esta noche, mientras yo estaba fuera, sé que has intentado huir.

—Yo no lo he intentado, señora...

—He visto las señales de tus uñas junto al pomo de la puerta. Has intentado forzarla.

—Yo no...

La voz añadió pacientemente:

—¿Es que no te has dado cuenta de que es inútil? Ni tú podrás nunca abrir esa puerta, cuando yo la dejo asegurada desde fuera, ni podrás nunca alzar las persianas exteriores de las ventanas, cuyas cintas he roto a propósito. Ni siquiera lanzándote desde el tejado podrías huir, porque hasta las ventanas de las buhardillas están aseguradas. Sin embargo, lo intentas. ¿Puedo preguntar por qué?

La pequeña dijo con un soplo de voz:

—Usted me ha engañado...

—¿Yo?

—Me prometió que estaría mejor que con la señora Morrison. Y ella me cuidaba. En cambio usted... ¡usted es un monstruo!

La voz dijo roncamente:

—¡Pobre señora Morrison!

—Ella me daba de comer y me vestía. Usted, en cambio, no me da más que unas conservas que llevaban años en un armario y pedazos de galleta de las que antes se comían en los barcos. Todo está infestado de ratas y de cucarachas. Usted sabe que es espantoso vivir aquí.

La voz musitó con sorpresa:

—¿Sabes que hablas como si fueras una chica mayor?

—Digo lo que siento.

—Siempre he pensado que un poco de mano dura despierta la inteligencia de las personas —comentó la voz—. En pocos días te has convertido en una chica muy inteligente.

Iris hizo entonces una pregunta inesperada:

—¿Usted dónde come?

—Veo que sigues siendo una chica inteligente. Te ha llamado la atención eso, ¿verdad? Pues ya puedes imaginarte que como fuera de aquí. Salgo una vez al día.

—Y siempre de noche...

—Sí. Siempre de noche.

—Para que no la vea nadie entrar ni salir...

—Justo. Para que no me vea nadie.

—Pero un día alguien se dará cuenta de que vivimos en esta casa. Gritaré. Romperé los cristales.

—Esta casa está aislada de las otras, pequeña, y fue construida en época muy lejana.

Quiero decir que sus muros son extraordinariamente gruesos.

Nadie te oirá.

—Pero antes la puerta tenía unos sellos... He oído decir que eso lo pone la policía.

—Nadie se dará cuenta de que están fracturados. Lo hice con mucho disimulo. Además la suciedad los cubre casi por entero, y pasa tan poca gente por aquí... No, nadie lo notará. Ya procuro yo también que ni un resquicio de luz se filtre por las ventanas.

—Pero está la señora Morrison. La señora Morrison hablará..., ¡hablará, estoy segura!

—Pobre señora Morrison... —repitió la voz—. ¿Crees que sigue en Inglaterra? Claro que no. Le di un billete para el Continente, y además un pasaporte. Tú misma viste las dos cosas, pequeña... Ahora estará muy lejos de aquí, pero antes habrá hablado, estoy segura... Es una vieja y maldita cotorra. Habrá hablado, pero no sabe dónde estás. Y es lo bastante cobarde para haber huido luego. Quizá toda la policía de Inglaterra la busque en este momento, pero buscan a la señora Morrison, no a mí. No..., a mí no me encontrarán nunca.

Lanzó una risita breve que hizo estremecer a la niña.

Pero ésta parecía haber llegado ya a las últimas fronteras del horror. Su propio miedo, su propia desesperación, le daban serenidad. Con voz muy ronca preguntó:

—¿Por qué no puedo ver su cara nunca, señora?

—¿Y por qué has de verla?

—No la conozco aún... No sé quién es.

—No te importa.

—Sólo abre mi habitación cuando es de noche y la casa está completamente a oscuras.

—¿Y eso te da miedo?

Los labios de la niña temblaban.

—Sí...

—Tienes que aprender a dominarlo, pequeña.

—¡Quiero saber quién es usted! ¡Quiero que me enseñe su cara!

—Mejor que no lo haga, Iris.

Los labios de la niña volvieron a temblar. Pero ahora lo hacían espasmódicamente.

De pronto tuvo fuerzas para decir:

—Ya sé por qué no me enseña su cara.

—¿Ah, sí? ¿Lo sabes? ¿Por qué no te la enseño?

—Porque...

—Anda, dilo...

—¡Porqué usted es un monstruo!

La mano demasiado blanca tembló bajo la luz un momento, como si hubiera recibido un latigazo.

Luego volvió a escucharse la voz, que reía silenciosamente.

CAPÍTULO XIII

Riley contempló la casa.

No sabía qué oscuro instinto le había empujado hasta allí, ni quizá lo sabría nunca. Era incapaz de decir lo que sentía ante aquel edificio hermético, ante las ventanas negras o la puerta que estaba sellada desde más de dos años antes.

Su razón le decía que todo aquello era una estupidez; que no debía perder más tiempo en esa contemplación sin sentido.

Allí había muerto tía Lotis picada por una serpiente venenosa. ¿Y qué?

Quizá la serpiente aún estaba viva y aún se deslizaba en silencio por los rincones tenebrosos de la casa. ¿Pero qué podía hacer él?

Mejor era olvidar todo aquello. Mejor mil veces pensar solamente en el crimen de que había sido víctima la hermana de Ketty.

Eso sí que importaba.

Riley echó a andar, volviendo la espalda a la casa. Minutos después se perdía entre la niebla que llenaba

Regent's
Park.

Por eso no pudo ver que la puerta de la casa se abría silenciosamente. No pudo ver tampoco la encorvada figura de mujer que salía de allí para perderse igualmente entre la niebla.

Más allá del parque brillaban las luces amarillas de un «pub», es decir, una cervecería.

Riley entró.

El aire olía a buen tabaco de pipa irlandés, a *whisky* y a cerveza fresca. Algunos clientes hablaban y otros se entretenían tirando al blanco con unos dardos. Nadie se fijó en él.

Riley pidió una jarra de cerveza y se acodó ante ella, mirando frente a sí pero sin ver nada. Su pensamiento estaba perdido en lo que acababa de ver en la casa de los Stuart.

Una muñeca a la que habían mutilado en parte, y una bonita muchacha a la que habían matado empleando la misma técnica. ¿Pero por qué? ¿Qué relación había entre una cosa y otra?

¿Y qué relación existía entre el rostro de la muñeca y el de la niña Iris Lane?

Riley tuvo la sensación de que la cabeza le daba vueltas. Tuvo la sensación de que se volvería loco si continuaba pensando en todo aquello.

Bebió la cerveza de un trago, pagó y salió de allí como un sonámbulo, perdiéndose de nuevo entre la niebla.

Se encontró de pronto en la estación del *tube* de Leicester Square.

La niebla seguía pesando sobre sus hombros, como si fuera algo sólido, algo que se pudiese palpar.

Sin duda debía haber tomado el ferrocarril subterráneo para llegar hasta allí, pero ya no recordaba dónde ni cuántas veces. Echó a andar pesadamente hasta llegar a la esquina, donde había un «Milk Bar»^[3]. A través de los cristales pudo ver a una persona cuya presencia allí le dejó atónito.

Era Ketty.

Ketty estaba quieta ante una de las mesas, sola, cori un alto vaso de leche delante de los ojos. Aquel vaso no había sido tocado siquiera.

Riley entró.

—¿Puedo sentarme?

Ketty alzó unos ojos que parecieron no verle.

—A veces Londres es extrañamente minúsculo —dijo—. ¿Cómo me has encontrado?

¿O es que me estabas siguiendo?

—No te he seguido. No imaginaba siquiera que fueses a salir. Ha sido una casualidad. Riley se sentó y pidió una limonada, aunque no tenía intención de probarla.

—¿Cómo es que has salido, Ketty? —preguntó.

—No podía seguir allí. La atmósfera me asfixiaba. Los de la Morgue se han llevado ya a mi hermana y aquello se ha convertido

en una especie de tumba. Si no llego a marchar, me hubiese vuelto loca.

—Yo también he tenido la misma sensación, Ketty.

—¿Quieres decir que has estado pensando en ese crimen?

—Sí.

—Y supongo que no habrás llegado a ninguna conclusión...

—A ninguna.

Riley encendió un cigarrillo con movimientos cansados, después de ofrecer otro a Ketty, que ésta rechazó.

—De todos modos —dijo—, es evidente que ese crimen tiene sus raíces en el pasado. Lo ocurrido no puede ser una casualidad. He estado dando mil vueltas a todo y la única conclusión a que he podido llegar ha sido ésta: Las raíces están en algo que pertenece al pasado, Ketty. ¿Qué hay en él? ¿Qué ocurrió en vuestras vidas?

Ketty rehuyó su mirada.

—¿Ocurrir? Nada.

—¿Recuerdas algo de tu niñez, algo que te llamase la atención?

—No. Mi niñez, gracias a Dios, ha sido siempre la de una criatura a la que sus padres pueden dar todo lo que necesita.

—Sin embargo, tú eres huérfana de padre.

—Sí, pero él murió hace relativamente poco. Hace dos años nada más. Creo que te lo dije cuando fui a verte a tu despacho.

—Ahora lo recuerdo.

Riley expulsó el humo pensativamente.

—Ketty... ¿qué hacía tu padre?

—Tenía unos astilleros; ya te lo dije también.

—No me refiero a eso; lo que pregunto es si tenía alguna otra clase de negocios.

—¿Negocios sucios, quieres decir?

—Sabe mal emplear semejante palabra, pero eso es exactamente lo que pregunto. Y te suplico que no te ofendas.

Ella se encogió de hombros imperceptiblemente.

—¿Cómo voy a ofenderme ya, después de lo que ha ocurrido? Pero creo, de todos modos, que preguntas sin razón. Mi padre, era un industrial honrado; eso lo sabe todo el mundo. No tenía más negocios aparte de los astilleros; a ellos dedicó su vida. Tampoco necesitaba tenerlos, puesto que su industria le daba mucho más de lo que podía ambicionar.

—Comprendo.

—Ahora no somos tan ricos como antes, y cada vez lo seremos menos —confesó ella—, pero en vida de mi padre las cosas iban muy bien. Y si quieres hacer un informe acerca de su moralidad comercial, vas a quedar sorprendido al ver el altísimo concepto en que la gente le tenía.

—Ya me hago cargo, Ketty. Sé, además, que te estoy molestando, pero es que necesitamos arrancar de algún sitio. Y, a veces, lo que sufren los hijos tiene su causa en la vida de los padres.

—No te lo discuto, pero ése no es nuestro caso.

—Tu madre vive, ¿verdad? ¿Qué clase de existencia lleva?

—La normal en una mujer de su posición. Fiestas benéficas, *bridge* con las amigas, compras, algún viaje... Nada de particular.

—¿Algún amigo íntimo? Ketty dijo rotundamente:

—¡No!

—Sin embargo, has palidecido...

Era verdad. Ketty estaba más pálida y además se mordía el labio inferior nerviosamente.

—Mi madre es joven y bonita, pero no tiene ninguna clase de amigos de los que tú supones.

—Eso lo he dado por supuesto. Ha sido simplemente una pregunta que cualquier policía te haría. ¿Pero por qué has palidecido?

—No tiene importancia. Simplemente se trata de que, al hablar de mi madre, empleamos siempre una imprecisión de lenguaje. No se trata de mi madre, sino de mi madrastra.

Riley arqueó una ceja.

—Diablos, no sabía eso.

—Mi madre murió siendo nosotras muy niñas. Mi padre se casó en segundas nupcias sin ninguna pompa, sin ninguna publicidad, porque así convenía a sus intereses en aquel momento.

—Pero vosotras, con el paso del tiempo, la habíais considerado a ella como vuestra verdadera madre.

—Así es.

—Se ha portado muy bien con vosotros...

—Nuestra propia madre no nos hubiera podido querer más.

—Comprendo.

Ketty bebió por fin un sorbo de su leche, aunque tuvo que hacer

esfuerzos para tragarlo.

—Por ahí no llegarás a ningún sitio, Riley —dijo luego con calma—. La vida de mi familia es de lo más normal.

—¿Mientras tu padre estuvo viudo tuvo algún..., alguna complicación?

—Ninguna. Supongo que, como muchos hombres jóvenes, adinerados y libres, se divertiría de vez en cuando, pero sabiendo siempre el terreno que pisaba. Es decir, bailarinas, alguna entretenida de categoría y todas esas mujeres que pululan en un mundo donde yo no he entrado jamás. ¿Qué puedo decirte? Lo que sí sé es que mi padre no tenía vicios importantes ni se hacía antipático. Las relaciones que en aquella época pudo tener con mujeres más o menos profesionales del amor no creo que dejaran a ninguna de ellas con mal sabor de boca.

Riley aplastó los restos de su cigarrillo pensativamente.

—Me hago cargo.

—¿No tienes ninguna otra pista? ¿No hay ningún camino por donde puedas seguir?

—Sí, hay dos. Pero antes de seguirlos necesitaría estar orientado. De lo contrario, de nada me iba a servir.

—¿Qué dos caminos son éstos?

—El primero, buscar como sea a la señora Morrison. Estuve dedicado a eso todo mi tiempo mientras permanecí en Newhaven. Pero ya te he dicho que no tomó ningún barco de los que salen para el Continente. O regresó a Londres en el primer tren, cosa absurda porque para hacer eso no tenía ninguna necesidad de llamarme, o bien alguien la ha quitado de en medio porque hablaba demasiado. Esa última idea es la que se ha ido afincando poco a poco en mi cráneo. Más bien me inclino a pensar que el cuerpo de la pobre señora Morrison está ahora hundido bajo las aguas del canal. Sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?

—Antes de partir de, Newhaven solicité de la policía que se buscara a esa mujer por todos los medios. Sé que lo están haciendo.

—Sin resultado por ahora, supongo.

—Sin resultado. Lo que se ha podido averiguar es que esa mujer no tenía domicilio fijo en Londres. Sólo hay de ella levísimos

rastros, y todo coincide con lo que me explicó por teléfono: Su desconocida amiga, la que ahora tiene a Iris Lane, le proporcionó una falsa solvencia para que pudiera adoptar a la niña. Pero ni antes ni después hay rastro de la se —ñora Morrison; no se sabe de dónde venía ni se sabe adónde fue.

Ketty bebió un segundo sorbo de leche.

—¿Cuál es la segunda pista?

—La imprenta cerca de Fleet Street.

—¿Qué es eso?

—La misma señora Morrison me habló de ella. Es una imprenta donde ya no trabaja nadie, y en ese lugar parece que entregó la niña a la amiga cuyo nombre no me quiso dar.

—¿Por qué no has ido allí?

—Porque ése es un paso que no puedo dar a ciegas. Si cometiese un error, perdería mi licencia de detective privado. Hay docenas de imprentas cerca de Fleet Street, y para entrar en cualquiera de ellas necesito autorización judicial. Además, no me bastaría encontrarla para averiguar algo. Doy por sentado que allí no habrá huellas ni pista alguna. Sólo sabiendo *qué es lo que busco* podré encontrar.

Ketty dijo con un soplo de voz:

—Comprendo.

Parecía más hundida, más desengañada que nunca. Daba la impresión de que ya sabía que su hermana no sería vengada jamás.

—Tienes razón, Riley —musitó—, pero pienso que no podré ayudarte. Mi vida, en el fondo, es muy sencilla. No hay en mi pasado secretos ni vergüenzas ocultas. ¡Y si hubieras conocido a Otilia! Otilia era una pobre chica que sólo se preocupaba de estudiar idiomas y coleccionar discos, sin meterse jamás con nadie. Pero además está lo de la muñeca. Eso es lo que menos sentido tiene de todo lo que está sucediendo.

—He visto que esa muñeca la fabrican en serie y la venden en muchas tiendas de Londres.

—Sí, yo también lo he visto.

—Pero esa muñeca da la casualidad —porque estoy seguro de que es una casualidad— de que se parece a Iris Lane. Y a ti su rostro te recordaba al de alguien. Eso significa que tú has visto a Iris Lane alguna vez.

—Es absurdo...

—Sin embargo, lo recordabas.

—He dado cien vueltas a ese recuerdo, Riley. Hasta volverme loca.

—Intenta precisarlo. Haz un esfuerzo. Intenta volver sobre él una vez más.

Los ojos de Ketty se nublaron. Dio la sensación de que no veía. A través de aquellos ojos fue fácil advertir el terrible esfuerzo que hacía para disipar la niebla de su cerebro, para penetrar hasta el fondo de lo que había existido, pero que no existía ya.

—Es algo... muy incorrecto... —susurró.

—Defínelo. Háblame de lo que sea. Di lo que piensas, aunque no tenga sentido. Quizá así obtendremos algo.

—Creo recordar... una repisa de mármol.

—Una repisa de mármol.

—Sobre ella hay un retrato... Pero no estoy segura. ¡No estoy segura de nada!

—¡Sigue! ¡Estoy seguro de que ahora vamos por buen camino! ¡Sigue, por favor!

—Un retrato pequeño.

—¿De una niña?

—Sí. Por fuerza tenía que ser una niña.

—Entonces supongamos que se trata de Iris Lane. De Iris Lane cuando tenía, por ejemplo, un par de años de edad. Supongamos que su rostro no ha variado apenas, y que por eso la muñeca te lo recordó enseguida. Ahora intenta recordar dónde lo viste.

—No puedo... Eso es lo que no consigo. ¡Lo he intentado cien veces! Pero no puede ser...

—Intentémoslo. ¿Relacionas a ese retrato con alguna persona? Cuando crees recordarlo, ¿recuerdas también a alguien?

—Puede que sí, pero... es absurdo.

—¿A quién recuerdas?

—A mi padre.

—¿A... tu padre?

—Mi padre, que ya está en la tumba, desde hace dos años. Riley se estremeció.

No supo por qué. Pero el frío estaba en su piel. Estaba en la línea misma de sus huesos.

—¿Cómo crees verlo?

—Me parece oírlo suplicar. No tiene sentido, pero es así. ¡A él, que lo tenía todo, me parece oírle mientras suplicaba!

—¿Suplicaba a quién?

—A nadie. Eso no puedo recordarlo. ¡No puedo!

La muchacha se retorció las manos con desesperación. Era evidente que ya había exprimido su cerebro hasta el máximo. No sería posible sacarle una palabra más, ni aún a riesgo de hacerla caer en una crisis nerviosa.

Pero Riley aún insistió:

—¿Recuerdas adónde fuisteis aquel día? ¿Era en el mismo Londres? ¿Y en qué zona?

—No lo sé... ¡No lo sé!

Riley se llevó una mano a los ojos.

Porque él también estaba sintiendo el horror en sí mismo, en sus pensamientos.

Porque él también recordaba, pero no sabía cómo, una repisa de mármol, un retrato pequeño, el rostro de una niña.

CAPÍTULO XIV

El comisario Challender, que no podía ver a los investigadores privados ni en pintura, se presentó a la tarde siguiente en el despacho de Riley.

Por las ventanas no entraban ya más que sombras. Todo parecía un poco siniestro, hostil, pero lo más siniestro y hostil era la cara del comisario Challender.

—¿En qué maldito lío se ha metido usted, Riley?

—¿Yo? ¿En un lío?

—Sí. Usted estaba hundido hasta el cuello en el caso de asesinato de aquella pobre chica, de Otilia Stuart. No sólo presentó la denuncia, sino que intervino en las investigaciones.

—No creo que eso tenga nada que ver —musitó Riley—. Es mi oficio, ¿no?

—Es que también me he enterado de que ha pedido al juez una licencia para penetrar en un par de imprentas que hay cerca de Fleet Street.

—¿Y qué?

El comisario Challender hizo un gesto.

—Venga.

—¿A dónde?

—No está detenido, pero sígame. Quiero mostrarle algo.

Riley le siguió. La verdad era que en ese momento no entendía nada de todo aquello. En la puerta vio un solemne «Austin» de la policía. Fueron directamente al sitio que Riley menos podía esperar: directamente a la Morgue.

Penetraron en el depósito de los cadáveres que aguardaban turno para la autopsia. Sin vacilar un momento, el comisario levantó la sábana que cubría a uno de ellos.

Era el cadáver de una mujer de edad, vestida de oscuro, que sin duda había muerto arrollada por el tren. Su cuerpo había sido partido en dos y causaba un efecto escalofriante ver su cara mirando hacia arriba y sus pies mirando hacia abajo. Riley no recordaba nada tan espantoso como aquello, pero no pestañeó.

Challender preguntó directamente:

—¿La conoce?

—¿Por qué había de conocerla?

—Sin tapujos, Riley. ¿No había visto a esta mujer antes de ahora?

—Sin tapujos, Challender. Seguro que no. ¿Quién diablos era?

—Una vieja actriz. Se había especializado en papeles trágicos, pero ya estaba retirada de las tablas desde hace un par de años. Andaba por ahí medio muerta de hambre. ¿Qué sabe de ella?

—Puede que la haya visto actuar alguna vez, pero no lo recuerdo. ¿Porqué me pregunta todo eso, Riley?



Extraña contemplación ofrecía aquella casa

—Ella no llevaba documentos, pero sí una dirección, seguramente escrita por su propia mano, en un papel arrugado y que debía llevar varios días en sus bolsillos. Hemos comprobado esa dirección, naturalmente. Se trata de una imprenta situada cerca de Fleet Street, una imprenta muy vieja y que, a consecuencia de un embargo, lleva al menos cinco años cerrada.

Al decir esto, Challender dejó caer lentamente, como buscando el efecto dramático, la sábana que cubría el cadáver.

Riley había palidecido intensamente. Se estaba mordiendo el labio inferior sin darse cuenta.

—Una imprenta abandonada cerca de Fleet Street...

—Justo, Riley. Una imprenta como la que usted había pedido permiso para investigar. Riley quedó callado unos momentos, mientras su cerebro trabajaba a toda presión.

Challender gruñó:

—Estoy esperando, Riley. Estoy esperando ver qué maldita explicación tiene usted que darme para todo esto.

—No tengo ninguna explicación. Es todo demasiado complicado, Challender.

—Pues trate de hacerlo sencillo.

—¿Llevaba esa mujer alguna otra cosa de interés? —preguntó Riley, desviando en parte la cuestión.

—En cierto modo, sí. Cincuenta libras en billetes.

—¿Es mucho?

—Para los medios de vida que se le conocían, es muchísimo. Esa mujer se había retirado de las tablas hace unos años, como le he dicho. Y desgraciadamente los artistas no tienen en nuestro país apenas ningún sostén cuando dejan de trabajar. Ella, que no había sido previsora, cobraba una pensión muy pequeña y andaba siempre medio muerta de hambre por los suburbios. No sé de dónde pudo sacar las cincuenta libras, pero yo lo relaciono con esa condenada imprenta.

Riley dio media vuelta, dirigiéndose a la salida, para no ver la extraña forma del cadáver de la vieja.

—No entiendo nada, Challender. Le juro que no entiendo nada por ahora; pero creo que lo más inteligente será dar un vistazo a esa imprenta, ¿no?

—Ya lo hemos hecho nosotros; no hay nada. Máquinas medio podridas, ratas y todo eso. Absolutamente nada de interés.

—Muy bien. ¿Pero por qué no dejan que la vea yo?

—Porque usted quizá ya la conozca, Riley. Riley se detuvo, petrificado por la sorpresa.

—¿Cómo?...

—La imprenta perteneció a una lejana parienta suya, una mujer que ya está muerta.

—¿Quién?

El comisario dio, masticando las palabras:

—Usted la llamaba tía Lotis.

La niebla lo envolvía todo. La maldita niebla de Londres que desdibuja los edificios, que borra los relieves de los hombres, que convierte al más inocente vendedor de periódicos en una sombra siniestra...

Cuando Riley llegó a su despacho, había perdido nuevamente la noción del tiempo. Otra vez vagaba como una sombra, pensando que, nada tenía sentido a su alrededor, dándose cuenta de que si aquello seguía así terminaría volviéndose loco...

Las luces del despacho estaban apagadas, Riley entendió sólo la pantalla de la mesa y se dejó caer sobre el sillón, abrumado, sintiéndose más desorientado que nunca. Ni siquiera un par de acometidas a la botella de *whisky* que guardaba para aquellos casos le sacó de su embotamiento.

Fue entonces, aproximadamente a las nueve de la noche, cuando se puso a sonar el teléfono.

—Diga...

Era la voz de Ketty. La voz asustada, tremolosa, cargada de presagios, de Ketty Stuart.

—¿Eres tú, Riley?

—Sí. ¿Qué ocurre?

Ella apenas tuvo fuerza para decir:

—La muñeca...

CAPÍTULO XV

La muñeca estaba allí. Continuaba sobre la butaca, como estaba la primera vez que la vio Riley. Tenía aún la pierna hendida por la cuchillada, igual que la otra vez.

Fue Ketty quien le abrió la puerta de su habitación, para que la viese. La muchacha quedó apoyada en una de las jambas, temblando espasmódicamente.

—Gracias por haber venido tan pronto —dijo solamente.

—Me has hablado de la muñeca...

—Sí.

—¿Y qué le ocurre? No veo que pase nada...

—Vuélvela.

Riley lo hizo. Vio que la muñeca tenía la nuca hundida, como si le hubiesen dado en ella un fuerte golpe.

—¿Qué significa esto?

—No lo sé, Riley... Por eso te he llamado. Pero —sin duda significa que alguien ha vuelto a entrar aquí.

—¿No está la casa vigilada por la policía?

—Nosotras mismas pedimos que no se instalara servicio de vigilancia para no llamar la atención.

—Pero podíais haber contratado a alguien que pasara más desapercibido, aunque fuera un matón a sueldo para que os protegiese... Es una imprudencia que ni siquiera comprendo, Ketty... ¿Y las rejas en las ventanas de toda esta planta? ¿Cómo no están puestas?

—Hay que encargarlas a medida... Hasta mañana no estarán listas. Respirando entrecortadamente, la joven añadió:

—Creí que el asesino, o quien fuese, no se atrevería a volver... De veras. No se me ocurrió pensar que tanta audacia fuera posible.

—Lo cual indica que el asesino, o es alguien de esta casa, o es alguien que no llama la atención pase por donde pase —masculló Riley—. El caso es que ha vuelto a entrar. No comprendo bien qué significa ese golpe en la nuca, pero sin duda es un aviso. ¿A ti te ha atacado alguien o has tenido la sensación de que algo podía ocurrirte?

—No, Riley... Ha sido un día muy tranquilo, si a los días amargos se les puede llamar así. Durante la mañana hemos tenido funeral por la pobre Otilia. Luego he estado en casa leyendo y al final... Esto.

—¿Dónde está el resto de tu familia?

—Mi hermana Nora, la más pequeña, está jugando al ajedrez con mamá. De modo que se encuentran juntas. Y ahora en la familia no hay... —se cortó su voz—, no hay nadie más...

Riley se tranquilizó.

—Al menos ya sabemos que a ellas no ha debido ocurrirles nada, pero lo de la muñeca es un aviso demasiado terrible para pasarlo por alto. Hemos de decirles que estén alerta. Lo que no ha ocurrido aún, puede ocurrir dentro de cinco minutos.

—Están en el salón.

—Vamos.

La casa era inmensa y estaba aun magníficamente ornamentada, aunque empezaban a notarse algunos curiosos huecos. Por ejemplo, algunos cuadros estaban desaparejados, lo que indicaba que varias piezas habían tenido que venderse para cubrir los gastos de la casa. A pesar de que la familia mantenía una externa dignidad, era evidente que las cosas no marchaban como cuando Stuart vivía. Esta circunstancia hizo que Riley, no supo bien por qué, sintiera una instintiva, una inmensa ternura hacia Ketty.

Entraron en el salón.

Nora, la hermana menor, estaba sola, meditando la jugada ante un tablero de ajedrez.

De su madre, ni rastro.

Riley sintió que la sangre se le paralizaba en la garganta. Contuvo la respiración.

—¿Dónde está mamá? —susurró Ketty.

—Ha ido un momento a su habitación. No sé qué quería buscar; quizá un pañuelo. Pero ya tarda mucho...

Riley casi gritó:

—¿*Dónde está esa habitación?*

La muchacha no contestó. No tenía fuerzas ni para eso. Se limitó a acompañarle ante una de las puertas contiguas, que abrió violentamente.

La viuda de Stuart estaba allí.

Todavía era joven y bonita, la muy tigresa. Todavía tenía bonitas piernas, las cuales enseñaba en gran parte a causa de estar de bruces sobre la cama, en una postura más que descuidada. Todavía hubiera podido llamar la atención de un hombre, de dos y de tres.

Lástima que estuviera tan quieta. Lástima que de su boca escapara un hilillo de sangre. Lástima que de un terrible golpe propinado con una pieza de hierro, le hubieran hundido la nuca.

CAPÍTULO XVI

—Acércate...

Iris Lane se acercó temerosamente, como otras veces. Igual que otras veces solo podía ver la mano muy blanca quieta bajo la luz, y el anillo que brillaba tenuemente.

—Acércate...

La luz resaltaba en la oscuridad, parecía envolverla. Era baja y sin embargo lo llenaba todo, llegaba hasta el fondo mismo de los nervios torturados de la niña.

De pronto la mano desapareció de la luz.

Por unos instantes, Iris no vio a nadie; no supo dónde estaba la mujer que la había llamado.

No pudo oír tampoco los silenciosos pasos a su espalda. La mujer había dado la vuelta a la mesita, perdiéndose entre las sombras, y ahora estaba tras ella. Iris no fue capaz de distinguir el bastón con empuñadura de plata que se abatía sobre su cabeza.

El seco golpe la hizo caer de bruces. No la alcanzó de lleno en la nuca, pero sí en una de las vértebras cervicales. Iris cayó sintiendo una terrible dolor, con la sensación de que le habían roto el cuello. Lanzó un estertor y luego un ronco gemido, mientras su boca se abría y cerraba varias veces con angustia. Luego perdió el conocimiento.

La mujer se inclinó pesadamente sobre ella y le puso una mano en la espalda. El corazón de la niña latía aún. No la había matado, por lo cual la mujer sonrió con una extraña mueca. La verdad era que su intención tampoco había sido matarla.

Dejó el bastón apoyado en un ángulo de la pared y volvió a sentarse tras la mesita de la lámpara.

Fue entonces cuando creyó oír aquel ruido. El ruido producido

por alguien o *algo* que se arrastraba lentamente.

¡Pero había tantos y tantos ruidos extraños en aquella casa! ¿Por qué pensar? La mujer sonrió satisfecha.

A la noche siguiente habría llegado el momento decisivo, el momento tantas veces soñado, la ocasión que tantas veces imaginó durante sus noches interminables de insomnio.

* * *

Estaba anocheciendo sobre la ciudad cuando aquel hombre joven, alto, que no había dormido durante las veinticuatro horas anteriores, descendió de su pequeño automóvil y llamó a la puerta de la mansión de los Stuart.

Aquel hombre se llamaba Riley y era investigador privado, pero ya ni siquiera se acordaba de eso. Sólo sabía que estaba enamorado de una muchacha llamada Ketty y que esa muchacha iba a morir.

Fue ella misma quien abrió la puerta.

—Hola, Ketty. Perdona..., perdona que no haya venido antes.

—No te preocupes; me hago cargo.

—La policía me ha pedido que asistiera a la autopsia de... bueno, de...

—No te preocupes ni sufras buscando palabras que no existen. Ya sé lo que quieres decir: la autopsia de mamá. Es obligatoria en todos los casos de muerte violenta, ¿no?

—En efecto, es..., es obligatoria.

Las lágrimas quemaban en el fondo de los ojos de la muchacha, pero ella intentaba disimularlo. Quería mantenerse rígida, serena, aunque ella también sabía que iba a morir.

—¿Han puesto las rejas en las ventanas, Ketty?

—Sí.

—Ya veo que hay un par de policías cerca de la entrada.

—Y otro en el interior; no te preocupes, ahora mi hermana y yo estamos bien protegidas.

—¿No ha habido ninguna novedad?

—Ningu...

En aquel momento, Ketty se interrumpió porque alguien llegaba a la casa. Era un recadero de un establecimiento comercial. Llevaba una gran caja de cartón con las señas anotadas sobre la tapa.

—¿Miss Kitty Stuart?

—Sí.

—Traigo esto para usted. Es un obsequio; está pagado.

—Muy bien. —Kitty dio unos chelines al recadero—. Gra... gracias.

Antes de abrir la caja sabía ya lo que iba a encontrar. Le temblaban tanto las manos que Riley fue quien tuvo que abrirla.

—Como sabe que ahora ya no puede entrar en la casa para mutilar la muñeca que hay ahí dentro, te envía una muñeca nueva —masculló Riley—. Veamos qué nueva invención diabólica ha tenido con ésta...

Riley terminó de destaparla.

Estaba preparado para cualquier cosa, pero no para lo que vio. No lo estaba para aquel horror que de pronto se manifestó ante sus ojos.

Porque a esta muñeca, que era exactamente igual a la otra, le faltaba la cabeza.

CAPÍTULO XVII

Riley había cerrado la puerta. De pronto sus manos parecieron ceder y dejó caer la muñeca al suelo. Esta produjo un chasquido sordo. Riley tenía expresión de alucinado, tenía cara de estar viendo algo que estaba más allá de su propia vida, más allá de sus propios recuerdos.

Ketty se dio cuenta de que no era por la muñeca. La expresión de Riley venía causada por algo que él *estaba pensando*, o algo que él *estaba viendo*.

—¿Qué te sucede? —musitó—. ¿Qué ocurre?

—Nada, Ketty... Salvo que de pronto he recordado ya dónde vi antes aquel retrato, aquel rostro de Iris Lane cuando era una niña de poco más de un año y aquella repisa negra... Lo he recordado y... ¡y me estremezco de horror!

—¿Pero qué dices? ¿Qué locuras estás pensando, Riley?

El la sujetó por los hombros, zarandeándola, pero dio la sensación de que no sabía bien lo que estaba haciendo, de que no la veía siquiera.

Sin embargo, sus palabras fueron perfectamente lógicas.

—No sé cuándo esa mujer va a asestar su nuevo golpe, Ketty, pero es seguro que espera una oportunidad para cualquier momento en que tú salgas de esta casa. Nada podrá hacer, en cambio, mientras tú sigas aquí. Si es preciso no vayas ni al entierro de tú madre, pero... ¡pero no te muevas! Yo intentaré acabar con todo esta misma noche.

Ella había echado la cabeza hacia atrás, con los labios trémulos, con el miedo y la esperanza palpitando al mismo tiempo en su mirada ansiosa.

—¿Dices... que es una mujer, Riley? ¿Quién?

—No puedo decírtelo ahora, Ketty... ¡Pero ocúltate en casa! ¡Ocúltate ahí dentro y no salgas ni aunque se hunda el mundo!

Bruscamente la besó en la boca. Era la primera vez que lo hacía, y lo cierto era que de aquel primer beso, en el que la muchacha había soñado a veces, ella siempre esperó mucho más. Este beso fue demasiado rápido, demasiado angustioso; fue como una despedida. Pero dejó a Ketty con el alma llena. La dejó petrificada, quieta, sintiendo que algo nacía y moría en aquel decisivo momento.

Cuando quiso reaccionar, Riley ya había salido, ya caminaba como un borracho hacia el otro lado de Londres.

Pero Ketty Stuart no sabía aún cuál era su destino.

* * *

La niña había estado postrada durante todo el día, encerrada en aquella habitación del piso superior, cuyas ventanas, herméticamente cerradas, no dejaban penetrar el menor resquicio de luz. Por la noche, como de costumbre, ella vino a abrirla.

Ella, la mujer a la que nunca había visto el rostro.

Pero, en contra de su costumbre, esa noche no le trajo comida. Simplemente la invitó a salir.

—Ven. Tengo que hablarte.

Su voz parecía más ronca, más inquietante que las otras noches.

La niña salió. Y otra vez al salir, al descender las escaleras solemnes y oscuras, perdió la noción de dónde estaba la mujer. Ella parecía evaporarse, descomponerse en el aire. La niña, como tantas otras noches, descendió las escaleras poco a poco.

Al llegar a la planta baja creyó oír aquel extraño rumor. El levísimo rumor que produciría un cuerpo al arrastrarse. Un cuerpo grande, un cuerpo humano.

Y de pronto aquella voz.

—Iris...

Ella quedó crispada, quieta, espantosamente quieta.

Veía el rostro. Veía vagamente la figura que estaba junto a ella.

—Chist... Iris, no te muevas... Tienes que estar quieta. Tienes que hacer lo que *ella* diga... Mira. He encontrado esto.

Enseñaba una lata de conservas vacía, bien tapada. Era, al parecer, una lata insignificante, como tantas otras. Iris no

comprendió nada.

Pero una angustia y una esperanza tan grandes le atenazaban el pecho de tal modo que sentía deseos de llorar.

—Ha sido peligroso... —susurró la voz—. He tenido que emplear unas tenazas, pero ya verás..., déjame hacer...

En aquel momento se oyeron pasos. La figura desapareció. En su lugar Iris vio el borde de una falda.

—Me ha parecido que susurrabas... —dijo la ronca voz de la mujer.

—No. Quizá... hablaba sola.

—Yo también tengo que hablarte a ti... por última vez.

—¿Por... última vez?

—Sí. Esta noche todo habrá terminado.

Iris Lane, a pesar de su corta edad, sintió que el miedo le atenazaba la garganta, impidiéndole respirar.

—¿Qué es lo que habrá terminado?

—Todo.

—No la entiendo, señora...

—Quizá no lo entenderías aunque te lo explicasen. Eres demasiado niña... Pero, sin embargo, es hermoso hablar de la venganza cuando una está a punto de cumplirla. Una siente que necesita hablar, hablar... Y sólo te tengo a ti para que me escuches.

La voz de la mujer se había trastornado, se había vuelto más ronca y más espesa. La niña, instintivamente, comprendió que ríó debía decir nada, que lo mejor era callar.

La voz siguió diciendo:

—Lo que vas a oír no podré explicarlo a nadie más, y por eso es una satisfacción que al menos un ser vivo lo sepa... Además te atañe personalmente. Tú eres hija de una hermana mía llamada Lotis, que en aquella época era una mujer atractiva en cierto modo, aunque luego se abandonó por completo. Eres hija suya..., y de un millonario llamado Stuart.

—¿Un millonario?

Iris no podía creerlo. Se notaba en su voz.

—Te parecerá extraño, pero así es. Nosotras habitábamos antes esta casa y éramos dos hermanas alegres y en cierto modo ricas. Porque Lotis era mi hermana, aunque resultaba mucho más joven que yo. Stuart, que era un viudo joven y agradable, además de

millonario, empezó a frecuentar nuestro trato. Las dos nos enamoramos de él. Yo sobre todo, que era la más vieja, la que menos esperanzas tenía. Tú no comprenderás eso, ¿verdad, Iris? No lo comprenderás...

Más allá de las tinieblas, aquella presencia humana rió sardónicamente.

—Él se inclinaba decididamente hacia Lotis, que no era guapa ni demasiado joven, pero que conocía todos los trucos para interesar a los hombres. Además no tenía escrúpulos. Deseando atrapar a Stuart, ligarlo para siempre, tuvo con él una hija que fuiste tú.

La mujer no lo veía, pero de los ojos de Iris, de los ojos de la niña quieta y sola, brotaban las lágrimas.

Y la voz ronca continuó:

—Yo llegué a odiar a Lotis con toda mi alma. Llegué a odiarte a ti y a Stuart, que no me había hecho caso... Pero el tiro le salió por la culata a Lotis. Stuart no se casó con ella, sino con una muchacha más joven, muy guapa y distinguida, a la que odié tanto como a Lotis.

—No puedo creer que él... no... no me quisiera —sollozó Iris.

—Pensó que habías muerto, y por tanto ya no estaba ligado por ningún deber hacia ti ni tía Lotis.

—Que yo... ¿que yo había muerto?

—Así es, y tenía razón. Porque yo te rapté y te deposité en el Orfelinato de Saint James. Con gusto te habría matado, pero no me atreví. Entonces, viviendo Stuart, era arriesgarse mucho... El hizo investigaciones, pero no pudo denunciar el caso a la policía porque su situación personal se habría visto comprometida, así como el buen nombre de Lotis. Cometió la cobardía de no querer acordarse más de ti... Y pasó el tiempo.

La risa seca, cortante, volvió a sonar.

—Pero yo no había olvidado mi venganza... —continuó aquella voz—. Por el contrario mi ansia crecía y crecía, hasta llegar a ahogarme. Lotis, desengañada y llena de hastío, se había abandonado hasta el extremo de no salir jamás de esta casa. La suciedad la devoraba... Yo marché fuera de Londres y un día regresé... con una serpiente que había comprado en Dakar, durante un viaje... Sólo tuve que dejarla suelta...

—Una... serpiente.

—Sí, pequeña... Todo fue sencillo. Espantosamente sencillo, podría decir. A nadie se le ocurrió pensar en mí, a quien además creían fuera de Inglaterra. Años después vi la muñeca que se parecía a ti. Entonces tuve una idea satánica, la mejor de mi vida... A ti te recordaba por el retrato que te hizo tu propio padre, cuando aún no habías desaparecido, y que estuvo largo tiempo enmarcado aquí cerca, sobre una repisa de mármol negro. Incluso... Sí, incluso una de las hijas del primer matrimonio de Stuart lo había visto. Recuerdo que vino un día aquí, cuando su padre iba a casarse de nuevo. No sé si oyó parte de la conversación, porque estuvo todo el rato en el *living*, y su padre hablaba en la biblioteca. Stuart suplicaba a Lotis que le perdonase, que no se interfiriera en la nueva vida que pensaba emprender... ¿Pero para qué te explico esto? Ah, sí... El retrato. Y la muñeca... La muñeca me dio una deliciosa idea. Compré una y se la envié a Ketty, la hija mayor. Luego en esa muñeca iba haciendo... todo lo que te hacía a ti y lo que luego les haría a ellas. Era la venganza más perfecta, más refinada que una mente humana podía concebir... Ellas vivirían por anticipado su propia muerte... Yo entraba fácilmente en aquella casa, atravesando el pequeño jardín, porque, ¿quién se fija en una mujer inofensiva y ya algo vieja?

La niña tembló. Tembló espasmódicamente.

—¿Es... es que ha matado a alguien?

—Ahora le toca a Ketty. Y antes te toca a ti, pequeña. Lo que he hecho a la muñeca es ya definitivo.

La niña intentó retroceder, pero se sentía sitiada por las sombras. Las sombras la atenazaban, la ahogaban...

—¿Cómo... cómo pudo sacarme de allí?

—Fue muy fácil. No tuve más que solicitar tu adopción con dos personalidades distintas, ambas fingidas. Yo tenía entonces dos pisos alquilados en Londres, en cada uno de los cuales me hacía llamar de distinto modo. En uno de ellos, el que ahora importa, me hacía llamar...

No continuó. De pronto en sus manos brilló el foco de luz de una linterna. Iluminó primero a la niña, cuyas mejillas estaban surcadas por las lágrimas, y luego se iluminó ella misma. El rostro, con la luz proyectada desde abajo, parecía monstruoso. Pero no fue eso lo que impresionó a Iris. Fue al reconocerla cuando gritó, loca de sorpresa:

—¡Señora Morrison!

—Sí, yo me hacía llamar señora Morrison —dijo ella, apartando el disco de luz—. En esta personalidad fingí ser mucho más solvente que en la otra, y así pude conseguir tu adopción. Pero tú te preguntarás para qué necesitaba adoptar dos personalidades y alquilar incluso los servicios de un detective privado... Te lo explicaré. Ese detective privado, aunque lejano, era mi único pariente. Si él no me reconocía, podía estar segura de que nadie más recordaría mi existencia. Y decidí hacer esa prueba antes de arriesgarme a nada. En efecto, no me reconoció. Luego te llevé a casa y durante la primera semana te cuidé muy bien para que me tomaras cariño y confianza. A continuación te llevé a una imprenta abandonada cuyas llaves conservaba y que había pertenecido a mi hermana Lotis. Allí, en la oscuridad, fingí entregarte a otra persona, que en realidad era una vieja actriz retirada, medio muerta de hambre, a quien facilité cincuenta libras por representar aquel papel. Le di mi anillo y le hice usar un vestido como los que aproximadamente empleo siempre. En la oscuridad fingí salir, pero os estuve siguiendo. Ella, procurando que no le vieras el rostro, se limitó a traerte a esta casa. Luego desapareció. Supe que el otro día había muerto en un accidente. Mejor. La muy borracha...

—¿Pero por qué hizo eso, señora Morrison? —gimió la niña, no decidiéndose a llamarla aún de otro modo—. ¿Por qué?

—¿Y aún lo preguntas? Claro, tú eres demasiado ingenua para comprender eso. Así cubría mi retirada por todas partes. Si los del Orfelinato o los de la policía me buscaban, las únicas pistas serían falsas, es decir los nombres de dos mujeres que no existían. Principalmente buscarían a la señora Morrison, claro, pero yo ya me encargué de hacer creer que iba a marchar al Continente, y así establecí otra segunda pista falsa. En cuanto a ti, te cuidé bien la primera semana para que me recordaras con agrado, y así, si alguna vez lograbas escapar, jamás acusarías a la pobre señora Morrison, que había sido una santa, sino a la mujer cuyo rostro no habías visto, al monstruo cuyo nombre no conocías siquiera...

Lanzó una carcajada aguda, gutural, y entonces las luces se encendieron bruscamente. Iris vio a la mujer borrosamente, porque la claridad le hizo cerrar enseguida los ojos. Pero pudo ver, eso sí, que ella oprimía con una mano el interruptor de la luz y con la otra

un largo cuchillo.

—¡No me toque! —gimió Iris, tapándose los ojos—. ¡No me toque!...

—Es un corte, pequeña... Ni lo sentirás...

Alzó el cuchillo. En aquel momento una voz gritó:

—¡Déjela!

La mujer se volvió bruscamente, con las facciones desencajadas. Y lo que vio fue simplemente un niño con una gran lata de conservas en las manos. Era un niño cuyas ropas estaban medio rotas a causa de haberse introducido por algún sitio inverosímil, quizá por la chimenea, y además cubiertas de suciedad al haberse arrastrado por el suelo. Pero en los ojos de aquel niño había una fijeza obsesionante, casi estremecedora.

—La vi por la calle y la seguí... —dijo el niño—. Sabía que usted era la que se había llevado a Iris del Orfelinato. ¡Ahora déjela! ¡Déjela o...!

—¿O qué? —preguntó la mujer, rabiosa—. ¿Crees que voy a tomar en serio las amenazas de un mocoso?

Fue a saltar de nuevo sobre Iris, y de nuevo el niño quiso advertirla:

—¡Déjela!

Como no le obedecía, el niño lanzó la lata, en la que había nacido bruscamente un sonido tentacular, repugnante. La tapa que él sostenía saltó. La serpiente fue directamente al cuello de la mujer, que lanzó un grito de horrible agonía.

El reptil se desenroscó dos veces furiosamente, y el niño tuvo el tiempo justo para apartar a Iris cuando ella también iba a ser acometida. El reptil saltó de nuevo, y en ese momento una bala le destrozó la cabeza.

Como alucinados, los dos pequeños miraron al hombre alto, joven, que acababa de forzar la puerta. Una pistola humeante descansaba en la mano izquierda. Su mirada estaba apagada, perdida.

Iris gritó:

—¡Señor Riley!

Riley la acogió en sus brazos e hizo que el pequeño también se acercara a él.

—Voy a llevaros a la casa que os corresponde —musitó—. A los

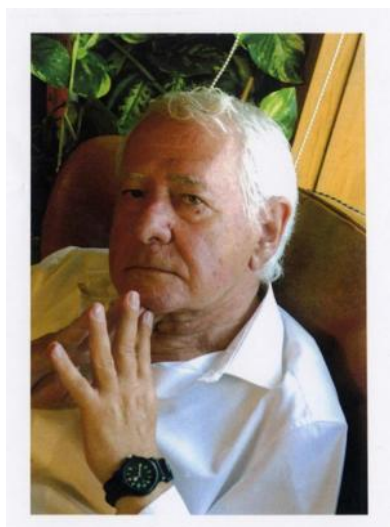
dos... Nunca más veréis el Orfelinato... Una casa donde yo también tengo algo muy importante que hacer...

Iris susurró:

—¿Lo ha oído todo?

—No, pero imagino lo ocurrido. Cuando he venido aquí era porque sabía ya de qué se trataba... Ya me lo contaréis todo luego, con detalle, pero a la policía se le dirá sólo lo más indispensable. Hay que dejar tranquilo el nombre del padre de Iris, con sus errores y con sus culpas. Hay que dejarle descansar. Descansar para siempre, porque ya habrá sido juzgado por una sabiduría superior a la nuestra. Ahora lo que necesitamos es olvidar... Olvidar a los vivos y a los muertos... Dejar descansar en paz a CADA HOMBRE EN SU TUMBA.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] De Newhaven salen una gran parte de las líneas marítimas hacia el Continente (N. del E.). < <

[2] Ferrocarril subterráneo de Londres, llamado así porque sus vagones y túneles tienen forma de tubo. (Nota del Editor). < <

[3] Bares donde no se sirven bebidas alcohólicas; sólo leche, bocadillos y refrescos. < <